

EMERITA, Revista de Lingüística y Filología Clásica (EM)
LXXVIII 1, enero-junio de 2010, pp. 137-191
ISSN 0013-6662

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

FERNÁNDEZ MARCOS, NATALIO Y SPOTTORNO DÍAZ-CARO, MARÍA VICTORIA (coords.), *La Biblia griega. Septuaginta. I. El Pentateuco*. Biblioteca de Estudios Bíblicos 125, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2008, 448 pp. + 6 láms.

Con esta obra nos hallamos ante el primer volumen de un amplio y ambicioso plan totalmente necesario en el campo de los estudios bíblicos, fruto de un trabajo de equipo de dos Grupos de Investigación del CSIC de Madrid, perfectamente conocidos y con un merecido prestigio internacional en la investigación bíblica. Se trata de la primera traducción al español de la Biblia griega, conocida más como la Septuaginta, que a su vez es la primera interpretación de la Biblia hebrea, que tuvo lugar entre el siglo III a. C. y el I d. C.

La versión española de los libros del Pentateuco (*Génesis*, por Natalio Fernández Marcos, *Éxodo y Levítico*, por M.^a Victoria Spottorno Díaz-Caro, y *Números y Deuteronomio*, por José Manuel Cañas Reílló) viene precedida de una introducción (pp. 11-34, por Natalio Fernández Marcos), que aborda temas generales, como el origen de la Biblia griega, la Septuaginta en la historia del texto bíblico, así como la importancia cultural e histórica de esta versión. Por otra parte, se aducen razones que justifican la necesidad de traducir a las lenguas modernas, y en especial al español, la Biblia griega, que desde la aparición de la Vulgata quedó en el olvido en Occidente. Asimismo, se dan algunas claves fundamentales para la interpretación de la Biblia griega en el contexto del judaísmo helenístico y del cristianismo primitivo.

Cada uno de los cinco libros lleva una breve introducción en la que se estudia el título, fecha y lugar de traducción, carácter literario, estructura y contenido, la traducción en lengua griega, las principales ediciones, la recepción del texto, la traducción española y la bibliografía específica. Es de gran interés el apartado, aunque breve, de la recepción de cada libro de la Septuaginta en las obras de exégesis bíblica de los autores judeo-helenísticos, como Filón de Alejandría y Flavio Josefo, y en los primeros cristianos, como Orígenes, Clemente de Alejandría o Teodoro de Ciro. Se cierra esta introducción con la bibliografía, las indicaciones de la transliteración de

nombres griegos y las abreviaturas de los libros bíblicos. Tras la traducción se pone el broche al libro con ocho páginas de ilustraciones.

La versión española sigue el texto de la serie *maior* de Gotinga: *Génesis*, J. W. Wevers 1974, confrontado con la edición de Rahlfs; *Éxodo y Levítico*, Wevers 1991; *Números*, Wevers 1982, y *Deuteronomio*, Wevers 1977.

Las traducciones siguen un criterio común y general, aunque hay diversidad de estilos y sensibilidades al ser fruto de tres autores distintos. Se intenta respetar la forma y el estilo del libro sagrado. El resultado es una versión perfectamente legible, en un estilo literario y con una prosa fluida, aunque en nota se precise la traducción literal, en especial en pasajes difíciles («es una lectura propia de la Septuaginta», «traducción literal...», «el griego dice...», etc.), se compare el griego con el texto masorético, se den interpretaciones del hebraísmo original por parte del traductor, se destaquen los juegos de palabras en hebreo o en griego que no se pueden recoger en toda su amplitud en español, etc. Incluso se recoge alguna variante de los manuscritos, como la nota de la página 71. En definitiva, las notas a pie de página son las indispensables para facilitar la comprensión, si bien podrían echarse en falta algunas notas más eruditas, que los propios autores evitan, como claramente indican en la página 31.

Los editores han castellanizado sólo los nombres propios de uso común, mientras que el resto los han transliterado del griego, aunque no coincidan con la denominación hebrea, a la que estamos acostumbrados. Así, podemos leer *khananeos* o *khetheos* (p. 158), *Khoreb* (p. 397), *Monte Siná* (p. 188), *Sarra*, la esposa de *Abraam* (p. 80), *Sepfora*, la esposa de *Moisés* (p. 157), o el término *paskha* (p. 173), que la Septuaginta siempre transcribe, aunque en español lo traduzcamos por la fiesta de Pascua o cordero pascual.

Realmente es difícil armonizar un trabajo realizado por un equipo, en especial una traducción con notas, con una edición muy cuidada y sin apenas erratas. Ello hace que se deslicen algunas faltas de homogeneidad: la bibliografía en nota a pie de página hay veces que se cita de forma completa y otras de forma abreviada, aunque en ambos casos la referencia se haya recogido ya en la bibliografía específica de cada libro bíblico. O el caso de las citas bíblicas, que aparecen con la referencia abreviada en unos casos (p. 263) y sin abreviar en otros (p. 411).

Quizá se tendría que haber incluido una lista de abreviaturas al comienzo o final del volumen, pues aparecen de forma aislada algunas abreviaturas al final de alguna de las introducciones específicas, como es el caso de la del *Génesis* (p. 49). De esta forma sería más fácil interpretar algunas de las notas a pie de página (2QExod², TM, 7QLXXXExod, etc.). El apéndice de correspondencia entre el texto de los LXX y el masorético en *Levítico* y *Éxodo* podría haberse incluido en la introducción de todos los libros del Pentateuco, no sólo en la del *Éxodo* y *Levítico*.

Esperamos que al final de los cuatro volúmenes previstos se incluyan los índices de nombres, pasajes, etc., que sin duda acrecentarán la utilidad de esta versión espa-

ñola. Aplaudimos el trabajo de este equipo de investigadores y la iniciativa editorial de Ediciones Sígueme de Salamanca en un texto importante para el judaísmo y para el cristianismo, y de interés para teólogos, filólogos e historiadores de la Antigüedad, como prueba de la madurez de los estudios bíblicos en España.

JESÚS-M.^a NIETO IBÁÑEZ
Universidad de León

ASCLEPIADE DI MIRLEA, *I frammenti degli scritti omerici*. Introduzione, edizione e commento di Lara Pagani, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2007, 281 pp.

Junto a la publicación de estudios, de muy marcado enfoque filológico, sobre diversos autores y obras de la literatura griega, la colección «Pleiadi», dirigida por Franco Montanari en las Edizioni di Storia e Letteratura, va incorporando poco a poco algunas cuidadas ediciones de textos griegos, acompañadas de un detallado comentario. En este caso se trata de reunir, presentar y estudiar en profundidad los muy escasos restos conservados de la parte de su obra que Asclepiades de Mirlea consagró a los textos homéricos, acompañándolos de los testimonios sobre este autor y sobre dichos escritos. Se trata de una reelaboración de la tesis doctoral de la autora, Lara Pagani, bajo la dirección de Franco Montanari.

Asclepiades de Mirlea constituye un buen ejemplo de sabio helenístico multidisciplinar, aunque apenas se han conservado restos de su producción escrita. Es sin duda más conocido por su faceta de geógrafo, siendo objeto de un largo debate su mayor o menor influencia en la tradición geográfica posterior sobre la Península Ibérica, y en particular en Estrabón. Es este autor quien transmite la noticia de que Asclepiades estuvo en Turdetania, donde se dedicó a la enseñanza, y compuso una obra consistente en —o conteniendo— una Περύγησις τῶν ἐθνῶν τῶν ἐν Τουρθητανίᾳ, quizá incluso titulada así.

Pero junto a su obra geográfica y etnográfica sobre la Turdetania y sobre su propia patria, Bitinia, Asclepiades de Mirlea cultivó la astronomía y aún más intensamente la filología y la crítica literaria, a juzgar por el número de obras pertenecientes a este campo que podemos deducir de los testimonios antiguos: escritos sobre Píndaro, sobre Teócrito, posiblemente también sobre Apolonio de Rodas y Arato, una obra *Sobre la Gramática*, otra *Sobre los Gramáticos*, junto a tres escritos al menos sobre Homero: un seguro *Hypomnema* a la Odisea, otro muy probable comentario a la *Iliada* y, finalmente, el tratado *Sobre la Copa de Néstor* (Περὶ τῆς Νεστορίδος).

El volumen de Pagani (P.) se abre con un panorama de los conocimientos actuales sobre Asclepiades, incluyendo un repaso a la bibliografía principal, a los datos se-

guros o probables sobre su vida, reconstruidos a partir de testimonios problemáticos como el de Suda, y a las obras que le son atribuibles. La inseguridad en muchos de los datos biográficos, así como en los títulos y contenidos de sus obras, ha dado lugar a una amplia bibliografía y a diversos debates ya largos. Toda la información relativa a estas cuestiones ha sido recogida y expuesta aquí de forma clara, ofreciendo abundantes referencias bibliográficas para quien desee profundizar en ellas.

Tras una amplia bibliografía, referida a Asclepiades y al mundo intelectual y científico helenístico en general, se editan (pp. 79-117) los testimonios y fragmentos. Los testimonios aquí reunidos sobre Asclepiades y sobre el contenido de sus escritos homéricos son exactamente trece, dos de ellos espurios (T 10 y 11). En cuanto a los fragmentos, alcanzan el número de once, incluyendo uno dudoso (F 11). Todos ellos son indirectos salvo algunas partes del largo pasaje de Ateneo sobre la copa de Néstor (F 4). La cuidada edición de este fragmento 4, con cuidado aparato crítico y de paralelos, junto a su detalladísimo comentario, constituye la parte más extensa y sin duda también más valiosa del libro. El comentario se detiene en todos y cada uno de los numerosos problemas textuales y de interpretación que plantea el relato de Ateneo, intentando en cada caso aislar las opiniones de Asclepiades y el material procedente de su obra del resto.

P. se ha esforzado en extraer de los escasísimos datos de que disponemos alguna información coherente sobre los intereses de Asclepiades, sus métodos de trabajo y, más en general, su adscripción a una determinada escuela o corriente interpretativa, y es aquí donde reside uno de los principales valores del libro. Algo de ello se avanza en la introducción (p. 43 ss.), aunque es un tema constante a lo largo del comentario. Teniendo en cuenta la escasez de datos, y el papel del azar en su transmisión, P. observa, por encima de la aparente heterogeneidad en intereses y enfoques, algunas líneas que atraviesan testimonios y fragmentos. Las dos más generales son el interés por la poesía en general, y por Homero en particular, de un lado, y el interés por la astronomía y la astrología, de otro. Ambas líneas se unen en el escrito sobre la copa de Néstor, donde Asclepiades examinaba la forma externa de la copa, tal y como Homero la describe, añadiendo una interpretación de todas sus partes en clave alegórico-cosmológica. De otras citas de Ateneo deducimos que la obra contenía también excursus sobre temas diversos, algunos de ellos lingüísticos y filológicos, haciendo abundante uso de citas de autores antiguos y casi contemporáneos.

Por debajo de estas dos líneas generales, podemos apreciar otros intereses metodológicos y de enfoque que se repiten aquí y allá en Asclepiades: así el estudio de fuentes sobre temas literarios o estudios gramaticales, el interés mitográfico, y muy en particular el interés etimológico, que vemos representado en los comentarios a Homero, en diversos pasajes del *Περὶ τῆς Νεστορίδος* y en la reflexión sobre el origen y denominación de la gramática.

Es importante la aparente confluencia en Asclepiades de las dos principales tradiciones científicas de su época: la alejandrina y la de la escuela de Pérgamo, lo

cual explica que se le haya querido considerar alumno tanto de Dionisio de Tracia, a quien cita, como de Crates de Malos, cuya influencia directa se ha querido ver en la obra *Sobre la Copa de Néstor*. Efectivamente, este escrito enlaza claramente con la exégesis más característica de la escuela de Pérgamo, y más en concreto con la labor de Crates sobre el texto homérico. Pero al mismo tiempo nuestro autor entronca con la tradición filológica y gramatical alejandrina, y más concretamente aristarquea, tal como podemos concluir a partir de lo que sabemos de su labor como comentarista, donde vemos indicios de la investigación lingüística, etimológica y mitográfica que, junto a la exégesis y la crítica textual, contenía el tipo más característico de *hypomnema* alejandrino. Lamentablemente, conocemos muy poco de sus ideas gramaticales, lo que dificulta también una adscripción clara a una u otra escuela.

Como es natural, se acude repetidas veces a los datos procedentes de los demás escritos asclepiadeos de tema filológico y gramatical. Por ello el lector preferiría que hubieran sido incluidos también estos testimonios y fragmentos, para reunir el conjunto del material que tenemos a nuestra disposición para formarnos una idea de la actividad de Asclepiades en estos campos. Con todo, lo que más se echa de menos es una traducción de testimonios, fuentes y fragmentos, lo que facilitaría mucho el manejo del libro por lectores no filólogos. También, quizá, la inclusión de reproducciones del material artístico e iconográfico que entra en juego en la discusión sobre la forma y características de la copa de Néstor, y que lógicamente es tenido en cuenta en el comentario al fragmento 4.

En cualquier caso, esta edición tiene sobre todo el mérito de intentar extraer un cuadro coherente de unos datos muy escasos, incompletos e inconexos, en alguna ocasión contradictorios. Y de ofrecer esos mismos datos de forma clara y excelentemente comentada. Sin duda será una obra útil en el futuro para los estudios sobre la actividad filológica y científica helenística, donde tantas lagunas existen.

HELENA RODRÍGUEZ SOMOLINOS
CSIC

FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Obras Completas. Volumen 1*. Edición dirigida por José Pablo Martín, Madrid, Trotta, 2009, 358 pp.

Con este volumen se abre la publicación de las *Obras Completas* de Filón en español, que aparecerán distribuidas en un total de ocho volúmenes. El proyecto está dirigido por José Pablo Martín, investigador del CONICET (Argentina) y reconocido experto en la obra filoniana, y ha sido acogido por la editorial Trotta. El objetivo consiste en traducir los tratados auténticos de Filón en griego (a partir de la edición de Cohn/Wendland, 1896-1915) más los tratados transmitidos en armenio. Una vez

terminado el plan trazado, será la primera traducción completa hecha por especialistas para la comunidad lingüística hispana y acompañada de notas, introducciones y bibliografía actualizada. En efecto, la traducción en cinco volúmenes de J. M. Triviño (Buenos Aires, 1975-1976) es incompleta y los criterios para la versión de los términos técnicos filosóficos son discutibles.

Este primer volumen incluye una introducción general a cargo de J. P. Martín en la que se analiza la vida de Filón y su contexto familiar. Hay que destacar que en el entorno familiar de Filón figuran personalidades de la vida pública como las su hermano, el alabarca Alejandro, o su sobrino Tiberio Julio Alejandro, que llegó a ser prefecto de Egipto y acompañó a Tito en el asedio a Jerusalén del año 70. Se describe también la comunidad judía de Alejandría, así como la embajada a Cayo Calígula encabezada por el mismo Filón en el año 38 con ocasión del primer *pogrom* contra los judíos de esta ciudad. Y se estudian las principales aportaciones sobre la obra de Filón, los géneros literarios del corpus filoniano, su método de interpretación alegórica, su exposición de la Ley de Moisés, los libros histórico-teológicos y apologeticos. No falta el análisis de las ideas de Filón dentro de su contexto, las claves de la filosofía mosaica en el horizonte del platonismo y de la Estoa, la presentación de Israel como pueblo de la filosofía y de la libertad, sus consideraciones en torno al imperio romano y el Templo de Jerusalén. Y finalmente se estudia la recepción y transmisión cristiana de las obras de Filón como parte del judaísmo helenístico, hasta el punto de ser considerado Filón en el cristianismo como un Padre de la Iglesia más, destacando su influjo decisivo en la escuela catequética de Alejandría (Panteno, Clemente y Orígenes). Como es sabido, el reencuentro de Filón con la cultura judía no se producirá hasta bien entrado el siglo XVI, en un libro de Azariah De' Rossi publicado en Mantua (1573) (p. 82).

En los escasos párrafos dedicados a la traducción castellana (p. 87), precisamente por tratarse de una obra colectiva, echo de menos unas directrices o criterios generales que gobiernen el conjunto de la traducción y salvaguarden un mínimo de coherencia y unidad, aun manteniendo los diferentes estilos propios de cada traductor. Aunque algo nos dicen los traductores del procedimiento empleado en la traducción de los tratados particulares (pp. 106 y 164), al lector le interesaría conocer cuáles han sido los criterios adoptados para traducir toda una serie de términos técnico-filosóficos que emergen a lo largo de los distintos tratados.

Este volumen incluye también la traducción, introducción y notas del tratado sobre *La creación del mundo según Moisés* a cargo de Francisco Lisi, de la Universidad Carlos III de Madrid, y la traducción, introducción y notas de los tres tratados sobre las *Alegorías de las leyes* a cargo de Marta Alesso, profesora de la universidad de La Pampa en Argentina. Y se termina con una nutrida bibliografía (de ediciones, comentarios y traducciones; de fuentes clásicas y de bibliografía secundaria), índice de citas bíblicas, índice filónico, índice de autores antiguos, índice de autores modernos, índice de términos griegos e índice de materias.

Tanto el proyecto en sí como el primer volumen que acaba de aparecer merecen mi más sincera aprobación y enhorabuena. La traducción científica de un clásico de nuestra cultura occidental, y Filón lo es con pleno derecho, honra a nuestra lengua común y beneficia a las generaciones del futuro que tal vez puedan encontrar serias dificultades para la comprensión del texto griego y no digamos del texto armenio. La traducción de Filón no es tarea fácil, hay que entrar en el entramado de sus concepciones filosóficas platónicas y estoicas, y en su trasfondo bíblico para acertar con el correcto significado de muchos términos. Pero es justo afirmar que los traductores de los tratados aquí presentados lo han conseguido en buena medida, y que cada uno a su modo —forzando la lengua castellana con neologismos o tratando de respetar la terminología de uso común en castellano— ha logrado hermanar la fidelidad al texto griego con la fluidez de un castellano legible. En todo caso las ponderadas notas filológicas, en las que con frecuencia queda reflejado el trasfondo de la tradición clásica de Filón, sirven de gran ayuda para la comprensión del texto. La edición está bien presentada y en general limpia, aunque no exenta, de erratas, tanto en castellano como en griego.

Al menos dos tercios de la obras de Filón son tratados o comentarios en torno a la Ley de Moisés o Pentateuco. Por eso echo de menos en la introducción general un apartado sobre el texto bíblico seguido por Filón en sus comentarios. Por ejemplo, en la p. 172, en el comentario sobre la *Alegoría de las Leyes I*, Filón cita *Génesis 2.2*: «Y acabó Dios en el sexto día las obras que había hecho», texto o lema que está en la base de su comentario y consideraciones sobre la héxada como número perfecto (pp. 172-173 y pp. 109-110 del tratado *Sobre la creación del mundo*). Pues bien, Filón está siguiendo el texto griego de *Septuaginta*, puesto que el texto hebreo dice «Y acabó Elohim en el día séptimo...». El tema no es trivial puesto que la historia del texto bíblico en su primera etapa está hoy en el primer plano del debate, sobre todo a raíz de los descubrimientos y subsiguiente publicación de los documentos de Qumrán, y las recientes investigaciones sobre la Biblia griega. Una parte de esta discusión se centra en la forma textual de *Septuaginta* que sigue Filón, un tipo de texto próximo al de las citas de la *Carta a los Hebreos*, *1 Clemente* y Justino. Prueba de ello es que en el *Annual Meeting* (Nueva Orleans 2009) de la Society of Biblical Literature de USA figura una sesión dedicada a «Philo and the Bible of Alexandria». Así mismo, el historiador Flavio Josefo, contra lo que se dice en p. 76, nota 214, al menos en los libros históricos, sigue un texto de *Septuaginta* y concretamente de tipo antioqueno, no la Biblia hebrea.

Tanto en las notas como en las introducciones se alternan las palabras o frases escritas con caracteres griegos con las simplemente transliteradas con caracteres latinos. No veo por qué no unificar y reproducirlas todas con caracteres griegos pues facilitarían el acceso al original y la comprensión de los frecuentes juegos de palabra y etimologías populares utilizados por Filón en griego dentro del mosaico de su

interpretación alegórica, juegos de palabra que difícilmente se pueden reproducir en la traducción castellana (véase por ejemplo las notas de las pp. 126, 129, 143, 157, 213, 218, 233 y 283, entre otras).

Estas observaciones críticas quieren contribuir a mejorar los próximos volúmenes y en modo alguno empañan o disminuyen el valor de este gran proyecto hecho ya realidad con la digna publicación de este primer volumen. El esfuerzo y colaboración del director del proyecto, de los traductores y de la editorial Trota se han visto ampliamente compensados.

NATALIO FERNÁNDEZ MARCOS
CSIC

MAGNALDI, GIUSEPPINA, *Le Filippiche di Cicerone. Edizione critica*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2008, LXV + 275 pp.

Esta edición crítica de Giuseppina Magnaldi (GM), «ordinario» del Dipartimento de Filologia, Linguistica e Tradizione Classica «Augusto Rostagni» de la Universidad de Turín, representa la culminación de varios años de investigación en la tradición manuscrita de las *Filípicas*. Su competencia en crítica textual la había demostrado ya anteriormente sobre un texto griego, pues fue editora del *Περὶ ψυχῆς παθῶν καὶ ἀμαρτημάτων* de Galeno (Roma, 1999).

Parece que su particular interés por las *Filípicas* surge de la frecuencia con que el manuscrito más importante que las trasmite (V) atestigua lo que para la autora ha sido un verdadero filón de investigación, a saber, la convicción de que aparentes corrupciones textuales no son sino la presencia correlativa de un error y su enmienda (*duplices lectiones*) por parte de copistas antiguos. Esta hipótesis fue trabajada metodológicamente por la autora en una monografía del año 2000, y aplicada a textos concretos en otra de 2004, así como en numerosos artículos, mayoritariamente sobre prosistas latinos.

Desde el comienzo de la «Introduzione» (pp. IX-XLI), GM reconoce que su edición se basa en los códices ya utilizados por Clark y por Fedeli, es decir, el antiguo Vaticano (V) y el grupo de los *decurtati*, agrupados bajo la sigla D. Así que su aportación —nos dice— consiste en una «ricollazione diretta dei codici» que pone particular atención en el *usus* de los copistas, especialmente en los signos utilizados por estos para señalar errores o introducir enmiendas, lo cual la lleva al desciframiento en V de esas «lecturas dobles», algunas —cierto— ya elucidadas por estudiosos anteriores, pero otras desapercibidas incluso para quienes más se empeñaron en localizarlas (p. XIV); tales lecturas, además, según demuestra GM, no son obra del copista de V, sino de su antígrafo; una tipología de las mismas se ofrece en p. XV,

en sucinto resumen de la ofrecida con más amplitud en su libro de 2004, pp. 23-92. No obstante, la autora advierte que frente a casos en los que aislar la lectura *falsa* de la *emendata* resulta sencillo, existen numerosos pasajes en los que error y corrección se han desfigurado por la cadena de copia, por lo cual se debe recurrir a conjeturas tan arriesgadas como necesarias, ya que, según GM, «nessuna scrittura di V sia mai del tutto arbitraria».

En pp. XVI-XVII se distinguen las diferentes manos que intervinieron en V, que no habían sido claramente aisladas por los editores precedentes: al lado de auto-correcciones del copista mismo (V^{1c}) están aquellos correctores (V²) que han tenido a la vista el antígrafo de V, y los que (V³), por el contrario, contaminan V con D.

Los logros de GM no se limitan a la adecuada valoración del códice V, sino que también respecto a D hace interesantes aportaciones. Por un lado, su colación de los manuscritos del grupo elegidos por Clark la lleva a confirmar (p. XXIV) la sospecha de Hine (en *CR* 34, 1984), a saber, que D tenía tres representantes independientes: b, c y el antepasado de tvns. Por otro, identifica una serie de *duplices lectiones* de D que remontan al arquetipo (p. XXIX). Particularmente reveladora es la descripción y valoración de una serie de variantes «in linea» cuya génesis se sitúa en las antiguas escuelas de gramática: su particular naturaleza y, sobre todo, el hecho de que respeten el *usus* ciceroniano, habían atraído y convencido a los editores en el curso de los siglos; de hecho, pese a la autoridad de V, muchas de ellas continúan en las ediciones modernas. Precisamente al desterrar éstas de su texto, a favor de V, GM se muestra con cierta frecuencia en desacuerdo con los editores precedentes (p. XXXIII), y ofrece al tiempo algunas de sus más felices aportaciones a las *constitutio textus*: sirva como ejemplo la tipificación como glosa explicativa de la oración de relativo *quam in re publica semper habui* en *Phil.* 1.27, cuya exclusión del texto hay que aplaudir, no sólo porque encaja en esa categoría de comentarios escolares, sino porque resulta evidentemente redundante al lado de la explicación que sigue a *id est*; aun en intervenciones menos claras, como la seclusión de *qui es mihi carissimus* en 1.29 (p. XXXIV) —pues no parece, a primera vista, demasiado cercano el paralelo de *Fam.* 2.16.5—, uno acaba convencido de su oportunidad, y en este caso el acierto de GM parece confirmado por la rareza de la secuencia *qui es*, que se limita, además, a textos gramaticales.

En pp. XXXIII-XXXVIII se ofrece una interesantísima tipología de estas variantes gestadas en las escuelas de gramática. Algunas de ellas adquieren la forma de «añadidos», como las glosas explicativas, las citas de otros pasajes de Cicerón y la explicitación de verbos, nombres o pronombres sobreentendidos; otras, en cambio, entran en la categoría de «eliminaciones», por ejemplo, la omisión del verbo *sum* o de pronombres presentes en V. Hay una tercera categoría de «variaciones», por ejemplo en forma de frases enteras que son parafraseadas o construidas de modo diverso al ofrecido por V, o en forma de sustituciones sinonímicas, sin duda debidas a que el alumno practicaba con ellas el léxico ciceroniano. Pero entre las variaciones tal vez

las de mayor interés sean las de tipo sintáctico, especialmente las que implican cambios en tiempos y modos de los verbos, con una tendencia hacia los más «correctos» desde un punto de vista normativo, y que en su mayoría consisten en la sustitución de usos «neutros» por usos «marcados» (por ejemplo, en 2.51, V presenta el futuro imperfecto *licebit* frente a un *licuerit* que impone D para marcar la anterioridad). Por último, la categoría de las «transposiciones» es, se nos dice, la más frecuente de entre las intervenciones de D, ya sea como puntuación o como mero cambio del orden de palabras, y tenía como fines concretos restablecer la linealidad de la subordinación, acercar el verbo a su régimen, o suprimir la ambigüedad; precisamente por ello, según GM, y excepto en casos excepcionales, el editor de las *Filípicas* debería privilegiar el *ordo uerborum* de V contra el de D, incluso cuando este último parezca ofrecer una cláusula mejor.

Termina la introducción con una nota sobre «Il testo e l'apparato» (pp. XXXIX-XLI) y una rica bibliografía de ediciones, comentarios y traducciones de las *Filípicas* (pp. XLII-XLVII), de otras ediciones (pp. XLVII-XLIX) y de bibliografía de apoyo (pp. XLIX-LXII). Antes de la edición propiamente dicha se nos ofrecen sendos *stemmata codicum* (p. XLIII) para *Phil.* I-IV y para *Phil.* V-XIX, así como un *conspectus siglorum* (pp. LXIV-LXV).

Texto y aparato crítico aparecen acompañados, donde procede, por un aparato de fuentes. La presentación es correcta y elegante, si bien puede achacarse quizás una cierta prolijidad al aparato crítico, en tanto en cuanto la editora dedica demasiado espacio no ya sólo a justificar sus propias elecciones, sino también a explicar la génesis de los errores de los editores precedentes, de tal manera que el aparato se convierte casi en un comentario crítico y en un resumen de trabajos anteriores. Se advierten algunas incongruencias en el modo de citar en los aparatos crítico y de fuentes (así en p. 9 *Mar. Victorin.* frente a *Victorin.*, y en p. 50 *Sen. Suas.* frente a *Sen. rh.*).

Cierra la edición un *Index nominum* (pp. 267-275) cuyo criterio selectivo, tal vez demasiado amplio, parece simplemente la mayúscula inicial, pues junto a antropónimos y topónimos aparecen lematizados también gentilicios —y además sin un criterio claro sobre el uso del singular o el plural, pues usa *Romanus*, *Karthaginiensis*, pero *Aquimates*, *Numantini*, *Marrucini*, *Veientes*— y adjetivos del tipo *Martialis (flamen)*, *Manlia (gens)*, *Caecilia (lex)*.

Caería fuera de los límites de esta reseña comentar (y mucho más, valorar) cada una de las aportaciones de GM al texto de las *Filípicas*; el lector interesado puede identificarlas bien, ya que la autora refleja en el aparato crítico todas las lecturas que difieren de las elegidas por los cuatro editores de referencia (Clark, Boulanger-Wuilleumier, Fedeli, Shackleton Bailey), e indica entre paréntesis quién defendió por vez primera cada una de ellas, entendiéndose que, a falta de ningún nombre entre paréntesis, la aportación es de ella misma (p. XLI, n. 59). Desde luego, la argumentación de la introducción, que resume las aportaciones de sólidos trabajos anteriores y que

en último término certifica la superioridad de V, sustenta la verosimilitud de la mayoría de ellas. Los directores de la colección «Minima Philologica. Collana di edizioni critiche e commenti» pueden estar orgullosos de este volumen, que hace el número 5 de la *Serie latina*; y es que ningún futuro editor, traductor o comentarista de las *Filípicas* podrá dar un paso sin tomar como base la presente edición, que no sólo constituye un gran avance en la fijación del texto y en la historia de la transmisión de los célebres discursos ciceronianos, sino que también constituye una prueba de que aún pueden hacerse fértiles trabajos de crítica textual incluso sobre los clásicos entre los clásicos.

JAVIER URÍA
Universidad de Zaragoza

CICERÓN, *Del óptimo género de los oradores*. Versión de Bulmaro Reyes Coria, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, LXXXVII + 8 pp. dupl.

Pocas veces un tratado breve como *De optimo genere oratorum* de Cicerón ha merecido una edición individual, independientemente del resto de las obras retóricas del orador latino. La Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana ha emprendido esta tarea, y ha publicado la edición bilingüe latín-español, a cargo del profesor de la UNAM Bulmaro Reyes Coria. Esta colección, que fue creada en 1944 por el académico canario Agustín Millares Carlo (discípulo de Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid), publica desde su primer número ediciones bilingües griegas y latinas, y cuenta ya con una amplia colección de autores clásicos. La nueva traducción de Reyes Coria sigue a la de Quiñones Melgoza, publicada en el año 2000 en ese mismo país. En España, en cambio, no parece que haya habido ninguna traducción desde la que hizo Menéndez Pelayo (*Del mejor género de oradores*), dentro de las *Obras completas de Marco Tulio Cicerón: Vida y Discursos* (1881-1884; última edición de 1946), de modo que una obra como la de Reyes Coria viene a actualizar el panorama de las traducciones de los textos ciceronianos.

El tratado *De optimo genere oratorum*, que servía de introducción a la traducción que hizo Cicerón del discurso *Sobre la corona* de Demóstenes (y la respuesta de Esquines), ha tenido escasa fortuna hasta el momento, pues durante mucho tiempo se consideró espurio. De esta nueva edición y traducción llama la atención, en primer lugar, el título, quizá excesivamente literal (a diferencia, por ejemplo, de las opciones de otros traductores, como los ya nombrados). El libro comienza con una introducción donde se explican detalladamente los aspectos relativos al destino que ha tenido esta obra en el ámbito académico, el propósito del ensayo, las características de su estilo,

y las ideas que se transmiten con respecto a la traducción; incluye, asimismo, un esquema general y una descripción de las diferentes partes del tratado. Analizando todos estos temas, el editor logra elaborar un estudio completo de una obra breve pero, como puede deducirse después de su lectura, con interesantes reflexiones sobre la retórica y los puntos de contacto entre el estilo griego y el romano.

A lo largo de su introducción, Reyes Coria nos va guiando a través de las enseñanzas de Cicerón, cuyo interés no era «defender la elocuencia, sino enseñar algo que fuera útil a quienes se interesaban en estos asuntos de la palabra» (p. XIX). Aunque no se trata de un texto especialmente destacado por la elegancia de su lenguaje (parece que Cicerón prescindió de muchos de los recursos literarios que eran habituales en otras obras suyas), el asunto que en él se trata es lo que lo hace valioso literariamente: la búsqueda del mejor orador, «que, con el decir, enseña y deleita y conmueve los ánimos de los que oyen» (p. 1). Guiado por este prurito, y siempre desde una postura claramente contraria a la de los neoatcistas, Cicerón propone como modelo de oradores a Esquines y Demóstenes, dos ejemplos que anima a imitar en la lengua latina. Como señala Reyes Coria, Cicerón no está planteando con ello un ejercicio de traducción de palabra por palabra, a diferencia de lo que han considerado algunos estudiosos de su obra; lejos de una teoría traductológica con preceptos indiscutibles, el jurista romano se refiere a una imitación del estilo ático a partir de su interiorización: «Cicerón declaró tener la esperanza de expresar en latín las famosas oraciones de Esquines y Demóstenes en tal forma que el resultado de su trabajo, dos oraciones latinas, se volviera la regla según la cual se rigieran las oraciones de quienes quisieran decir éticamente, no de quienes quisieran verter» (p. XXXVIII).

La edición de *Del óptimo género de los oradores* que aquí comentamos no tiene un aparato crítico como tal, sino que viene acompañada de unas notas finales que acompañan tanto al texto latino como al texto en español. En el caso del texto latino, están señaladas las principales variantes y algunos de los recursos literarios del orador; en las notas al texto en español se comentan algunos términos o nombres de autores, que pueden ser desconocidos para un lector no familiarizado con la literatura clásica.

En definitiva, nos encontramos ante un estudio del *De optimo genere oratorum* cuidado, completo, conciso y, sobre todo, claro, lo que lo hace muy apto tanto para el público universitario como para el lector general interesado en conocer más sobre Cicerón y la retórica latina. La bibliografía utilizada por Reyes Coria (se incluye un listado al final del ensayo) es acorde con este tipo de edición, aunque quizá se eche de menos una mención a la ya aludida traducción de Menéndez Pelayo. Es, además, una edición manejable y fácil de leer, con un diseño agradable. Sin duda, formará parte de los estudios básicos sobre esta obra de Cicerón.

ANA GONZÁLEZ-RIVAS FERNÁNDEZ
Universidad Complutense de Madrid

PLUTARC, *La música*. Introducció i traducció de Joan Silva Barris, Martorell, Adesiara, 2008, 173 pp.

La obra se estructura en tres grandes capítulos. En el primero, en la llamada «Introducció», el traductor nos ofrece, en un primer apartado que titula «La *mousiké*», un breve resumen del significado más amplio de esta palabra en Grecia y su relación con el mundo divino de las Musas, las hijas de Zeus y Mnemósine, así como su origen en la expresión μουσική τέχνη, que se suele traducir por l'«art de les Muses». Se señala la estrecha relación entre la música, el culto a los dioses y la mayor parte de la poesía arcaica y clásica en Grecia, así como el valor que los griegos otorgaban a esta manifestación cultural, creando mitos como el de Orfeo y el poder de su música, resaltando la presencia de ésta en los distintos campos de la vida del hombre, como los funerales, los casamientos, las fiestas populares, el simposio, incluso la guerra, así como su importancia en la educación desde la época arcaica, la clásica, hasta la helenística y romana. Por último, se alude a la relación de la música, según los filósofos griegos, con un hipotético orden cósmico y su influencia en el comportamiento de los hombres. A continuación en «La *mousiké* dins el diàleg plutarqueu *La música*» se hace un resumen del contenido de la obra traducida, que reflejaría el pensamiento griego sobre la música en los siglos V y IV a. C., según algunas expresiones empleadas a lo largo del tratado, así como la nostalgia en el siglo I d. C., también en este campo, hacia un pasado más esplendoroso para el pueblo griego; se señala la falta de reflexiones importantes sobre la danza, una de las partes de la μουσική τέχνη, y se resalta, finalmente, la importancia de este opúsculo para el conocimiento de la música griega antigua y su papel en la educación de los ciudadanos. En «Atribució de l'obra» se nos ofrece un resumen de las distintas posiciones sobre la autoría de este diálogo, basadas, principalmente, en análisis formales del mismo, que han llevado a una parte de la crítica moderna a negar la autoría plutarquea de esta obra, para terminar Silva Barris ofreciéndonos su opinión en la frase: «Si Plutarc no fou l'autor d'aquesta obra, almenys podem dir que, en certa manera, la inspirà». Por último, en «Aclariments sobre alguns conceptes musicals» Silva Barris ha seleccionado alguno de los aspectos más destacados de la ciencia musical griega con vistas a una mejor comprensión del contenido que el posible lector se va a encontrar en el texto traducido, como complemento importante a las notas a términos o expresiones concretas que ocupan el tercero de los capítulos de la obra que reseñamos. Se trata de los siguientes aspectos: «Els nomos», «Els tetracods i els gèneres harmònics», «Els modes», «El noms de les notes musicals», «L'espondeu i l'estil espondiazont», todos con sus respectivos gráficos, que pretenden aclarar sobre pentagramas modernos la doctrina de lo que los griegos llamaron ἄρμονική τέχνη, con una breve alusión, además, a los fragmentos musicales conservados. El capítulo se cierra con una reflexión general bajo la frase: «El ritme fa dansar els homes (οἷος ῥυθμὸς ἀνθρώπους ἔχει)» y una breve nota indicando la edición del texto empleada en la traducción, la que hicieron para la Teubner de Leipzig

los alemanes Konrad Ziegler y Max Pohlenz en 1966, y que sigue el autor con ligeras variaciones, explicadas en las notas del capítulo tercero.

El segundo capítulo, ΠΕΡΙ ΜΟΥΣΙΚΗΣ. *La música*, contiene el texto griego y la traducción al catalán, una edición bilingüe, por tanto, sin notas ni aparato crítico de la obra atribuida a Plutarco, con indicación únicamente de los cuarenta y cuatro apartados en que está dividido el diálogo mantenido por los tres personajes, Onesícrates, Sotérico y Lisias. Catorce notas a la «Introducción» y ciento once al texto traducido como *La música* componen el ya citado tercer capítulo.

Se trata, como nos informan los editores, de la primera traducción de esta obra al catalán, y que sigue, así, a las tres versiones en castellano de M. García Valdés (Madrid, Akal, 1987), D. Chuaqui (México, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2000) y la nuestra (Madrid, Gredos, 2004), por lo que queremos, en primer lugar, felicitarnos por su publicación. Si pasamos a considerar el contenido de los tres capítulos reseñados, diremos que parece claro, desde el primer momento, que Adesiara Editorial ha querido, sobre todo, poner al alcance del lector de lengua catalana la traducción del texto griego, con notas aclaratorias de su contenido, en ocasiones, muy técnico, con la facilidad de acudir al original en caso de desearlo. Así se puede explicar la redacción de la llamada «Introducción», con unos apartados sobre el significado de la μουσική, por cierto, sin una sola referencia al dios Apolo, y la ciencia musical en Grecia o la autoría de la obra, sin mencionar ni un solo trabajo sobre este importante aspecto de la cultura griega y las numerosas traducciones del tratado Περὶ μουσικῆς al alemán, francés, inglés, español e italiano, etc., a no ser las obras, sin duda meritorias, de M. L. West, *Ancient Greek Music*, Oxford, Oxford University Press, 1992, en cuatro ocasiones, y de A. Barker, *Greek Musical Writings*, vol. I: *The Musician and his Art*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, una vez, en las notas a esta introducción, obra en la que se encuentra, por cierto, ampliamente anotada, entre otras, la traducción de *The Plutarchian treatise On Music*. Al realizar una nueva edición del texto, en cambio, sí se ve obligado Silva Barris, como ha prometido, a citar en las notas algunos nombres de anteriores editores del texto, sin especificar sus títulos, como Weil-Reinach, Wittenbach, Berg y Lasserre, además de Ziegler y Pohlenz, así como las distintas lecturas elegidas, en general, sin gran importancia para la comprensión general del texto. En el apartado sobre el nombre de las notas en griego coincide, curiosamente, en su transcripción con la propuesta en nuestra traducción y, así, escribe *hipate*, *paripate* y *parámese*, sin dar explicación alguna de la acentuación latina y no griega elegida, mientras que, al explicar la situación de las notas más agudas y más graves, al escribir: «Les notes més agudes eren les que es trobaven més lluny del ulls de l'interpret, i les més greus eren les que estaven situades més a prop», parece que dice lo contrario de lo que sucedía en realidad, según explica Solon Michaelides, *The Music of Ancient Greece. An Encyclopaedia*, Londres, 1978, s. u. *nete*, *neate* e *hypate*, cuando escribe que la nota llamada *nete* es «the string nearest to the performer; in fact, the highest» y la *hypate* «the lowest note, because it

was placed at the farthest end of the strings». De todas formas no hay un criterio unitario al respecto, para lo cual se puede consultar Annemarie Jeannette Neubecker, *Altgriechische Musik*, Darmstadt, 1977, p. 103, nota 28. Sobre la traducción diremos, en resumen, que Silva Barris ha elegido como criterio primordial seguir fielmente el contenido, sin intentar trasladar, de alguna manera, la forma del texto original, eligiendo plurales, a veces, por singulares en el texto, distinto orden de palabras, etc., pero, y esto es más delicado, en cualquier caso, y, sobre todo, al tratarse de una publicación bilingüe, en una ocasión hemos detectado que el traductor, en el apartado 23, pasa al texto traducido una opinión que, por cierto, A. Barker (posiblemente la única traducción que ha tenido en cuenta el autor) añade en una nota a la expresión «Aristotle too», diciendo: «i. e., as well as Plato», que Silva Barris sube a la traducción diciendo: «Com podem veure, Aristòtil dóna la mateixa explicació que Plató de l'estructura de l'harmonia». Por otra parte, elegir, por ejemplo, la transcripción del término griego ἀλός por *aulos*, tanto en singular como en plural, parece menos apropiado, aunque algunos estudiosos, como A. Barker o M. L. West, la mantengan, pero con su plural en forma griega *auloi*, seguramente por suponer un cierto nivel de conocimiento de la lengua griega en sus posibles lectores. Sin embargo, la transcripción, mejor que traducción, de los términos musicales griegos es un tema que no podemos discutir en este momento, y que sí hemos explicado en otros lugares y discutido ampliamente, sobre todo, en las publicaciones realizadas dentro de un proyecto de investigación llevado a cabo durante varios años por los miembros del mismo en la Universidad de Murcia. Por último, decir que nos parece insuficiente la explicación en la nota 45 sobre el término *pyknón*, propio no sólo, como se explica, del género enarmónico, sino también del cromático, ya que la suma en éste de sus dos intervalos menores, $\frac{1}{2}$ y $\frac{1}{2}$ tono, es también menor que el intervalo restante, 1 tono y $\frac{1}{2}$, así como el valor que se supone para la *diesis*, en la nota 43, que era empleada, en efecto, para designar el cuarto de tono por la escuela de Aristóxeno, pero también llamaban así los pitagóricos al semitono o algunos otros teóricos a un $\frac{1}{3}$ o a $\frac{3}{8}$ de tono.

En fin, nos encontramos ante una nueva versión del valioso tratado sobre la música, que hoy prácticamente todos los estudiosos del queronense atribuyen a un autor conocido como el Pseudo Plutarco. Pensamos que esta publicación, a pesar de las observaciones anteriormente expresadas, resulta útil, aunque, como todo nuevo intento en el siempre difícil campo de la traducción, sea susceptible de ser mejorada. Además, se enmarca en la colaboración ya antigua de los estudiosos catalanes a los trabajos en torno a la amplia obra plutarquea, presentes en los ya numerosos congresos y simposios españoles y extranjeros celebrados en los últimos años, como lo demuestra el VIII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Plutarquistas, celebrado en Barcelona en el año 2003, sobre *Plutarc a la seva Època: Paideia i Societat*.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ
Universidad de Murcia

ENZO CECCHINI, *Scritti minore di filologia testuale*. A cura di Settimio Lanzotti, Renato Raffaelli, Alba Tontini, Urbino, Edizioni QuattroVenti, 2008, 507 pp.

El presente volumen recoge un amplio repertorio de notas, recensiones y artículos editados a lo largo de casi medio siglo (1963-2008). El único trabajo inédito del repertorio (pp. 81-82) contiene una interesante pero excesivamente audaz propuesta que afecta a la puntuación y el texto de un pasaje de la *Cabellera de Berenice* catuliana (LXVI 89-94). Los otros títulos ostentan al margen la paginación de las tiradas originales y exhiben en nota inicial la primitiva ubicación bibliográfica de cada uno de ellos. Con acertado criterio, por otra parte, el repertorio no está ordenado según la cadencia temporal de aparición, sino que el conjunto todo —orientado ante todo a labores editoriales y exegeticas— está dividido en dos secciones de extensión desigual: una breve titulada «Miscellanea» (pp. 11-78) y otra muy extensa, puesta bajo el epígrafe «Da Catullo alla commedia latina dell'Umanesimo» (pp. 79-503).

La «Miscellanea» está dedicada a las bases teóricas de la crítica textual con una interesante apostilla técnica a las llamadas «cuatro reglas» (*quattro regole*¹) de Lachmann (p. 11), unas reflexiones sobre el arte de la conjetura (p. 27), otras sobre intertextualidad y crítica textual (p. 47) y unas últimas sobre latín medieval y lexicografía (p. 57). Nos parece muy sugerente este último apartado, toda vez que la edición de glosarios medievales y humanistas es una tarea todavía por hacer con miras a la confección de los repertorios léxicos modernos, instrumentos imprescindibles para cualquier manejo de los textos. Aquí Cecchini nos habla de las dificultades de edición de las *Derivationes* de Uguccone da Pisa (s. XII), transmitidas en más de doscientos manuscritos, o del *Catholicon* de Giovanni Balbi (ss. XIII-XIV), extensa y abigarrada obra lexicográfica que tuvo un amplio uso y aprovechamiento por parte de los humanistas. Respecto a la lexicografía medieval el autor pone en guardia a los estudiosos contra dos vicios, por contradictorios, muy difíciles de corregir: por un lado el afán de normalizar, con descuido de la forma ortográfica o léxica de la época, y, en el sentido inverso, la aceptación acrítica de ciertos términos sin depurarlos o al menos sospechar de ellos. Así, es un caso de esto último (p. 62) la aceptación sin más por parte de los editores del término *saeculum* como eventual sinónimo de *tumulus* o *inferi* ('tumba', 'ultratumba'), cuando casi con toda seguridad ese *saeculum*, como quiere Cecchini, oculta una latinización del término hebreo *sheol*, latinizado como *sceulum* o *sceulus* (aunque cabe proponer otras formas acaso: *seolus*, *scheolus*).

El recorrido de la parte segunda («Da Catullo...») se adentra ya en lo que podemos llamar crítica textual en acción, con incursiones en problemas textuales de

¹ El texto primero de las mismas (de 1817) se recogió en K. Lachmann, *Kleinere Schriften*, Berlín, 1876, t. I, p. 87.

Catulo, Propertio y Petronio. Hay aquí sagaces y bien fundadas enmiendas, que en adelante habrán de tener en cuenta los editores. Sobre estas aportaciones ecdóticas tenemos que apuntar que, tal como nos parece arriesgada la enmienda (p. 82) de *sidera* en *sis, era* (Cat. LXVI 93), nos parece acertadísima la exégesis de *carmina lecta* (Prop. II 29) como latinización de las *kyriai doxai* epicúreas (p. 83), o la sustitución de la lectura *Romam* (propuesta para el término sin sentido en Petronio, *Sat.* XXIX 3) por la más coherente, y paleográficamente próxima, *ceroma* (p. 108).

El repertorio abandona pronto la literatura latina clásica y se ocupa de autores de la Antigüedad tardía, como Rutilio Namaciano, y de la temprana Edad Media, como Paulino de Aquilea. En los primeros años setenta Mirella Ferrari² encontró en un códice de Bobbio (hoy conservado en Turín) escrito en el siglo VII u VIII un fragmento que preserva casi una cuarentena de versos (la mayoría dimidiados) del poema de Rutilio Namaciano *De reditu suo*. Las propuestas textuales que emanan del reexamen de Cecchini (p. 133 ss.) se han incorporado hoy al problemático fragmento. A este importante trabajo siguen luego (p. 118), en breve reseña, algunas aportaciones al texto de Paulino de Aquilea editado por Dag Norberg (Estocolmo, 1979).

Sin embargo, es en la Edad Media y el Humanismo el terreno donde con mayor asiduidad ha pisado nuestro autor y más a sus anchas se mueve. Estos artículos versan sobre todo acerca del teatro medieval, del que Cecchini es un gran conocedor, aunque también atienden a obras de otra índole, como la curiosa *Questio de prole* (p. 252), un debate en hexámetros sobre la conveniencia de tener o no hijos. Uno de los estudios más extensos y característicos es el titulado «A proposito di “commedie” medioevali: stemmi, problemi testuali, questioni attributive» (pp. 153-181), que se ocupa de la transmisión, las variantes y la autoría de una decena de obras, incluyendo notas críticas escuetas y decisivas, ineludibles para futuros editores, traductores y estudiosos. El teatro medieval se desentiende de una división clara entre drama trágico y drama cómico, y aunque cultiva ante todo el segundo, no faltan ejemplos del primero. Cecchini aborda, por ese camino, problemas de las tragedias latinas medievales (p. 204), descendiendo incontables veces a la enmienda de las traducciones defectuosas (pues ocurre en ocasiones que el editor traduce impropriamente lo que, por el carácter fijo e inercial de la escritura, ha editado bien).

El libro incluye once reseñas, que, descontando la mencionada sobre la edición de Paulino de Aquilea, versan todas sobre ediciones de textos del medievo, desde el *Ouidius puellarum* (ed. de G. Lieberz, Frankfurt, 1980) (p. 144) hasta la *Comoedia Stephanium* (ed. de W. Ludwig, Múnich, 1971) (p. 499), pasando por los sucesivos volúmenes (I-VI) de la imponente colección, llevada a cabo por Ferruccio Bertini y un numeroso grupo de discípulos, *Commedie latine del XII e XIII secolo*

² «Spigolature Bobbiesi», *Italia Medioevale e Umanistica* 16, 1973, pp. 1-41.

(Génova, 1976-1998) (pp. 153-234). Aunque no versa sobre texto teatral, nos parece modélica la referida a las *Derivazioni* de Osberno (ed. de P. Busdraghi *et al.*, Spoleto, 1996) con interesantes notas generales sobre la obra (pp. 236-237) y una serie de propuestas críticas muy específicas que borran lunares del texto editado (pp. 237-238).

Estudios sobre el humanismo temprano ocupan también una parte del libro, y ahí el lector podrá contar con un trabajo (p. 294) sobre la epístola de Dante *Cardinalibus Ytalicis*, conservada en una copia única efectuada por Boccaccio, y otros cinco trabajos sobre la probablemente dantesca *Epistola a Cangrande*, transmitida en nueve testimonios, de los que nuestro autor ensaya un *stemma*, ilustra una serie de pasajes (p. 314 ss.), diserta sobre la *editio princeps* publicada en Venecia el año 1700 (p. 329), regresa a la crítica textual e interpretación de otra serie de pasajes (p. 335), polemiza con Giorgio Brugnoli a propósito de sus críticas a la edición de la carta (Dante Alighieri, *Epistola a Cangrande*, a. c. di E. Cecchini, Florencia, 1995) y concluye con unas apostillas críticas y exegéticas al controvertido texto (p. 368). Queda dentro también de las indagaciones sobre Dante un trabajo sobre las fórmulas y procedimientos argumentales del poeta en sus obras latinas compuestas en prosa (p. 376). Un artículo (p. 394) sobre la correspondencia poética de Giovanni del Virgilio y Dante, en la que tercia Boccaccio, sirve de transición a unas *noterelle testuali* sobre las cartas latinas de este último (p. 426) y unas reflexiones sobre un episodio del *De mulieribus claris* (p. 433) y acerca de las conexiones poéticas del propio Boccaccio con Dante y el latino Estacio (p. 441).

No se nos escapa que resulta difícil dar cuenta de tanta variedad de temas y tan minuciosas contribuciones como Enzo Cecchini ha venido haciendo a lo largo de tantos años, pero podemos muy bien afirmar el rigor y la penetración que recorre cada momento de su tarea filológica reflejada en el presente repertorio. Por ser los trabajos de naturaleza ante todo crítica no se echa tanto de menos, como podría ocurrir en misceláneas de asunto histórico o literario, unos índices de temas y nombres propios. Pero las páginas de este libro heterogéneo adquieren provechosa unidad en su aplicación y finalidad última, ya que contienen una extensa farmacopea de la que tendrá necesariamente que ayudarse quienquiera que se acerque a remediar los estragos de la transmisión y el olvido en textos de una larga tradición que va desde la Antigüedad hasta los albores del Renacimiento.

FRANCISCO SOCAS
Universidad de Sevilla

JIMÉNEZ ZAMUDIO, RAFAEL, *Toponimia bíblica. El Onomastikon de Eusebio de Cesarea y la versión latina de Jerónimo. Estudio, traducción y notas*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2008, 540 pp.

Uno de los problemas más frecuentes que encuentran el editor y traductor de textos bíblicos antiguos, hebreos, griegos o latinos, es el de la toponimia. Probablemente, el *Onomastikón* de Eusebio de Cesarea respondiera en su momento a la necesidad de poner algo de orden en este campo tan complejo, el de los nombres propios de lugar citados en la Biblia.

El *Onomastikón* es, sin duda, una de las obras más importantes de la Antigüedad cristiana para el estudio de la Biblia, por su calado erudito y por la gran difusión que tuvo en versión griega original y en traducciones a otras lenguas. Especialmente importante fue la traducción ampliada que hizo san Jerónimo al latín, porque sin ella la parte occidental del Imperio Romano no habría tenido acceso a esta obra. San Jerónimo es, en este como en otros muchos casos, no sólo un traductor de textos al latín, es un adaptador, un crítico excelente conocedor del texto que traduce y de su tema, consciente de que sus traducciones deben cumplir una función en el medio social y cultural al que van destinadas. Y lo cumplieron, porque posiblemente la historia de las peregrinaciones a los Santos Lugares desde todos los puntos del Imperio Romano, incluso los más alejados, habría sido muy diferente si Eusebio no hubiera escrito su *Onomastikón* y si san Jerónimo no lo hubiera traducido al latín, y la historia del cristianismo posterior no habría sido la misma sin esas peregrinaciones. La redacción de esta obra no debió ser una tarea fácil para Eusebio de Cesarea, y tampoco la traducción al latín para san Jerónimo; por supuesto, no menos laboriosa ha debido resultar al autor de este libro su traducción al castellano por las dificultades intrínsecas al tema. En este aspecto, debemos enraizar el trabajo de Jiménez Zamudio en la tradición trilingüe tan importante para la cultura española, en la que hebreo, griego y latín se revelan como instrumentos fundamentales para la comprensión del libro que más ha influido en la historia de la humanidad, la Biblia, y de toda la literatura que emanó de ella durante siglos.

El libro objeto de esta reseña se abre con una introducción que permitirá al lector hacer un acercamiento provechoso al texto y, especialmente, percibir su riqueza filológica, histórica y cultural; en suma, en ella el lector encuentra reunido todo el conocimiento acumulado por siglos de tradición bíblica que se condensa en la obra de Eusebio y en la traducción de san Jerónimo. En esta introducción se trata sobre la personalidad y la obra de Eusebio, las características del *Onomastikón* y la finalidad a que estaba destinado, las fuentes usadas y la organización del material. Pero hay una cuestión que emerge continuamente: cuál es el concepto de topónimo en los textos bíblicos, cómo se interpreta y cómo se transmite. Los topónimos que Eusebio trata en el *Onomastikón* son los del texto griego de los LXX, que fue la primera traducción que se hizo de la Biblia hebrea. Es bien sabido que la interpretación que estos prime-

ros traductores griegos hicieron del texto hebreo consonántico difiere en ocasiones de la que encontramos en el texto hebreo masorético, y esto es especialmente cierto, por no decir un hecho generalizado, respecto a los topónimos, especialmente a los falsos topónimos, es decir, nombres comunes del hebreo transliterados en griego y tratados como nombres propios, a veces tan deformados que las formas del hebreo en que se basan son casi completamente irreconocibles. Muchos de ellos se encuentran, por ejemplo, en las listas de ciudades de los textos A y B de *Josué* (según la edición de A. Rahlfs). Eusebio ya se fijó en este problema e intentó solventarlo recurriendo a los testimonios de Áquila y Símaco recogidos en la *Hexapla* de Orígenes. Muchos de los problemas que plantean estos topónimos son bien conocidos para el estudio de las versiones griegas de la Biblia. Pongamos algunos ejemplos. En la p. 82 encontramos «Araboth Moab», que aparece citado varias veces en el texto griego de *Números*. Realmente, es una transcripción de dos palabras hebreas, ‘las llanuras de Moab’. El texto de LXX lo trata como un nombre propio, pero Áquila y Símaco dan razón de su verdadero significado, y Eusebio lo recoge. En la p. 115 encontramos el término «Golathma(e)im», tratado como topónimo en *Josué* 15.19, pero en realidad, más que un nombre propio, es algo tan normal y necesario para un medio desértico en el que se desarrolla la acción como ‘fuentes de agua’ que es lo que dice el hebreo, o ‘Posesión de agua’, como lo traduce Eusebio.

La traducción española del *Onomastikón* ocupa las páginas 75-204; o mejor, hablemos de traducciones españolas, porque Jiménez Zamudio ha tenido el gran acierto de presentar las traducciones de las dos versiones en paralelo: a la izquierda de la página, la traducción española del texto griego de Eusebio de Cesarea; y a la derecha la de la versión latina san Jerónimo. Es la primera vez que se traducen al español ambas versiones enfrentadas y, gracias a ello, el lector de este libro puede hacerse una idea bastante exacta sobre el verdadero carácter del trabajo de san Jerónimo en relación con la versión griega de Eusebio. El trabajo de Jerónimo es algo más que una traducción al latín: es una reinterpretación y, especialmente, una actualización de la obra de Eusebio.

Imprescindible para comprender el texto del *Onomastikón* es el completo aparato de notas que acompaña a la traducción (pp. 207-488). Estas notas iluminan problemas que presentan los topónimos o incorporan noticias adicionales referidas al texto bíblico y a su contexto literario. Además de cuestiones filológicas, históricas, literarias y geográficas, Jiménez Zamudio incorpora en ellas referencias bibliográficas que permitirán al lector interesado en el tema ampliar su conocimiento al respecto. Además, cuando es posible, se identifica el topónimo bíblico con su correspondiente topónimo actual, algo que no siempre es fácil. El volumen concluye con un práctico apéndice de topónimos citados (pp. 489-517), una bibliografía sobre el tema (pp. 519-526) y mapas de Palestina y de algunas de sus regiones en diferentes épocas (pp. 533-540), fundamentales para estudios de toponimia bíblica.

Así pues, para concluir, este libro supone una valiosa aportación por varias razones. Es la primera vez que se traducen al español las dos versiones del *Onomastikón*, la griega de Eusebio y la latina de san Jerónimo. Esta traducción, hecha con una vocación esencialmente filológica e histórica, es obra de un excelente conocedor de las tres lenguas que entran en juego en estos textos: el hebreo, del que proceden estos topónimos; el griego, en que se está escrito el original del *Onomastikón*; y el latín, al que lo tradujo san Jerónimo. Finalmente, hay que destacar que, aunque éste es un libro de un ámbito muy especializado, la claridad de la presentación del material lo hace accesible al lector medio interesado en estos temas.

JOSÉ MANUEL CAÑAS REÍLLO
CSIC

SEOANE RODRÍGUEZ, MANUEL, *Pseudojustino, Discurso contra los griegos, Sobre la monarquía y Exhortación a los griegos*, León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 2008, 258 pp.

El presente trabajo consiste en una edición bilingüe, griego y español, con una amplia introducción general, introducciones particulares y notas aclarativas de tres obras atribuidas erróneamente durante siglos a Justino Mártir, y hoy con justicia declaradas anónimas. Por su género apologético, de defensa a ultranza de la fe cristiana frente a las concepciones religiosas paganas del entorno, muy parecido a otras que conocemos del siglo II —las apologías de Aristides, Justino, Taciano, Atenágoras, Teófilo de Antioquía—, y por lo parecido de su argumentación, la datación de estas obras debe situarse tras la estela de los apologetas nombrados; por tanto a finales del siglo II o comienzos del III.

La obra contiene la primera traducción que se hace en lengua española y se enmarca en la colección «Ediciones griegas y latinas», en una serie dedicada a «Escritores cristianos» primitivos, dirigida por el Prof. Dr. Jesús M.^a Nieto Ibáñez. Sólo el que sea la primera versión en nuestra lengua y que el público tenga fácil acceso a ella constituye un acierto. Otro es que sirve de excelente complemento a la ya vetusta, pero útil, edición de Daniel Ruiz Bueno (BAC 116, de 1954), que no contiene estas obras.

El texto griego que edita Seoane Rodríguez no es propio, ni es tampoco similar al *texte établi* que suele aparecer en las ediciones de «Sources Chrésiennes» o Les Belles Lettres, en donde los autores suelen revisar a fondo las variantes de los manuscritos ya editados. Es más bien la aceptación de un tipo de texto producido por un editor, en este caso el de J. C. Th. Otto, de 1879, reproducido en Wiesbaden 1969, con un pequeño aparato de variantes y pasajes paralelos, bien de elección propia, bien tomada de otras ediciones. He notado alguna que otra errata y problemas con los acentos, debido seguramente al uso de la fuente «Graeca», imperfecta en este

extremo. En la p. 122 (en la *Cohortatio*) falta la traducción de tres versos (líneas 20-23).

No sé exactamente el porqué de esta elección por parte de Seoane Rodríguez, pues de los tres textos tiene la más moderna edición de M. Marcovich («Patristische Texte und Studien» 23; Berlín-Nueva York, de Gruyter, 1990), y de la *Cohortatio ad Graecos*, la excelente de Ch. Riedweg (Basel, Fr. Reinhardt Verlag, 1994). Sospecho que problemas de cánones de propiedad intelectual han impulsado a nuestro autor a tomar una edición antigua y aportarle las variantes más interesantes. Probablemente el lector normal no las tendrá muy en cuenta y leerá el texto antiguo, el de Otto.

La introducción general a las tres obras es amplia, clara, pedagógica, necesaria. Aborda los temas siguientes: a) Trasfondo cultural necesario para comprender la crítica de los apologetas: platonismo medio, neopitagorismo, peripatéticos, estoicos, epicúreos y cínicos en la época imperial. b) Características del cristianismo primitivo que ayudan a entender las tres apologías: cristianismo y judaísmo; ortodoxia y herejía, gnosticismo y literatura apócrifa. c) El nacimiento de la literatura cristiana y la relación de las tres obras editadas con los apologetas arriba nombrados, más el anónimo autor de la *Epístola a Diogneto*. Finaliza la introducción con un intento de datación, la declaración de la imposibilidad de adscribirles un autor seguro y una breve introducción especial a cada una de las tres obritas editadas.

Desde mi particular óptica pienso que lo más flojo, con mucho, son las breves páginas dedicadas al cristianismo, más superficiales de lo que desearía haber encontrado. El autor cita y se basa en una poca literatura secundaria extranjera e ignora lo hecho en España, sobre todo en gnosticismo y literatura apócrifa. Mejor es ya la sección consagrada al «Nacimiento de la literatura cristiana»: en ella encuentra el lector lo necesario para comprender la apologética cristiana, la apología como género, sus argumentos y motivos generales, los principales apologetas

En conjunto, mi opinión del libro es muy positiva. Toda investigación y estudio comienza por el acceso fácil y seguro a los textos, y en este libro lo tenemos. Se lo agradecemos al autor y al editor. Una buena idea que debe seguir su andadura.

ANTONIO PIÑERO
Universidad Complutense de Madrid

II. LINGÜÍSTICA

Studi linguistici in onore di Roberto Gusmani. A cura di Raffaella Bombi, Guido Cifoletti, Fabiana Fusco, Lucia Innocenti, Vincenzo Orioles, Bari, Edizioni dell'Orso, 2006, 3 vols., XLVI + 1876 pp.

Hermoso homenaje este dedicado al profesor Roberto Gusmani por antiguos discípulos y otros colegas. Cerca de 2.000 páginas y 131 colaboraciones ordenadas alfabéticamente por los nombres de los autores. Colaboraciones que incluyen temas numerosos: Lingüística indoeuropea (las más sobre las distintas ramas y lenguas) y también de lenguas no indoeuropeas, otras de Lingüística general y Lingüística histórica, que abarcan temas de lenguas antiguas y modernas, otras aún de Historia de la Lingüística. Se trata, en términos generales, de los temas que cultivó Gusmani.

Una «Premessa» de los editores (pp. VII-XII) explica esto claramente. Nos da los datos más relevantes sobre la carrera científica de Gusmani, comenzada en Milán como alumno de Vittore Pisani y que le llevó por varios lugares, culminando como ordinario de la Universidad de Udine y en diversos lugares y puestos al servicio de la Universidad y de distintos organismos científicos. Se da también noticia de sus variados intereses científicos, siguen una «Tabula Gratulatoria», un «Índice» del presente libro y una relación de «Pubblicazioni di Roberto Gusmani». Hay que añadir que Gusmani, nacido en 1935, murió en 2006, justo cuando se publicaba este *Homenaje*. Fue un gran especialista en diversos campos de la Lingüística, era hombre de amplia visión. Pero quizá donde dejó más huellas fue en el campo de las lenguas indoeuropeas de Anatolia.

Sigue luego la serie de artículos, organizada, como he dicho, por orden alfabético de los autores, desde Agostini a Christian Zinko. Es, naturalmente, imposible citarlos a ellos y a sus trabajos en detalle, ni siquiera puedo dar todos los nombres. Pero sí voy a intentar dar una visión general de los contenidos, estableciendo una especie de organización de los temas tratados allí donde el libro ofrece tan sólo un orden alfabético. Baste con decir que entre los autores aparecen los más de los nombres más distinguidos del Indoeuropeísmo y otras disciplinas lingüísticas, también los de discípulos más jóvenes de Gusmani. Muchos nombres italianos como no podía ser menos, un nutrido elenco de otras nacionalidades.

Son frecuentes, como es lógico, los artículos sobre lenguas anatolias: hetita (P. M. Bertinetto y V. Cambi, J. L. García Ramón, E. P. Hamp, J. Puhvel, J. Tischler), cario (M. Meier-Brügger), licio (L. Lebrun, R. Tekoğlu), lidio (O. Carruba, M. Poetto, D. Schürr), J. D. Ray (etrusco como indoeuropeo, bibliografía escasa, reinventa cosas ya inventadas), C. Brixhe (frigio).

Hay luego artículos sobre lenguas indoeuropeas varias: albanés (R. Ambrosini), griego (M. Benedetti, el aspecto; M. Egetmeyer, el chipriota; A. Morpurgo, ono-

mástica), tocario (H. Humbach), tracio (I. Duridanov), latín (R. Eckert, en relación con el lituano, B. Forssman, M. Mancini, M. L. Porzio, R. Oniga), armenio (G. Bolognesi, M. Morani), indio (D. Maggi, Chr. Zinko), iranio (R. Schmidt), mesapio (A. L. Prosdocimi), albanés (A. Landi), germánico (W. Meid, C. Milani, M. V. Molinari), celta (K. H. Schmidt), eslavo (G. Ziffer), ligur, si es que es indoeuropeo (J. Untermann). También los hay sobre contactos entre lenguas indoeuropeas antiguas o modernas, y sobre algunas de estas o entre indoeuropeo y no indoeuropeo: M. Enrietti (eslavo y románico), F. Motta (galo y latín), G. Cifoletti (latinismos en el árabe de Túnez), C. Marcató (italianismos en América), N. Reiter (eurolingüística, paralelos a al. *eben*), E. Banfi (romanidad balcánica), el de L. Vanelli (préstamos del friulano).

Hay muchas aportaciones en este campo, el de las lenguas particulares, el más cultivado. También los hay de indoeuropeo en general. Por ejemplo sobre las larinales (P. Di Giovine, M. Morani), un campo en que se aportan pocas cosas nuevas, es mirado todavía con una cierta sospecha. Hay otros artículos sobre aspectos comunes a varias lenguas indoeuropeas, como el de N. Oettinger sobre los adjetivos en el IE temprano, el de D. Silvestri sobre apofonía. Pero yo al menos no puedo evitar la impresión de que teorías sobre el arcaísmo del hetita y los diferentes estratos del indoeuropeo, que creo esenciales y que he expuesto en artículos recientes en revistas internacionales de Indoeuropeística, entre otros lugares, no son atendidas, ni conocidas siquiera. Y sigue algún autor hablando de indo-hetita. En el tema esencial que es la historia del indoeuropeo, se sigue más o menos igual que en los manuales que se escribían antes del conocimiento del anatolio.

Habría que hablar luego de otros temas varios. Por ejemplo, estudios sobre lenguas no indoeuropeas, tales como el urálico (artículo de P. Driussi y L. Honti) o el kulango de Costa de Marfil (I. Micheli). O la escritura en general, de lenguas indoeuropeas o no: así Y. Duhoux y M. Negri (sobre las escrituras cretenses).

Y, sobre todo, sobre Historia de la Lingüística y Lingüística general.

Son muchos los artículos sobre el primer tema, aportan detalles y datos sobre personalidades como Saussure, Ascoli y Meillet. Así, el de R. Giacomelli sobre Lacan y Saussure, el de S. Morgana sobre cartas de Ascoli, el de D. Santamaria sobre el mismo tema, el de R. Morresi sobre Hegel y Saussure, el de Ž. Muljačić sobre A. Udina Burbur.

Y también sobre el segundo, particularmente interesantes. Por ejemplo, los de W. Belardi (estructura del diálogo), P. Benincà (etimología y análisis sincrónico), R. Lazzeroni (el cambio lingüístico), W. U. Dressler (préstamos y productividad lingüística), P. Ramat (la gramaticalización), U. Rapallo (Lingüística y ciencias biológicas), C. Vallini (el metalenguaje saussuriano), M. Skubic (lenguas en contacto), E. Vineis (el concepto de adjetivo), S. C. Sgroi (morfología histórica), R. Sornicola (los expletivos), P. Swiggers (sociología y lingüística diacrónica). Se encuentra para estos temas cosas interesantes.

En fin, las diversas especialidades de los artículos se unían en la personalidad de Gusmani, es algo propio de grandes personalidades que no se confinan en un campo, ilustran unas cosas con otras. De ahí que su descendencia sea plural y que sus discípulos y amigos hayan querido dejar testimonio de ello. Lástima que sea *post mortem*. Yo no le conocí personalmente, sí a Vittore Pisani, a quien Gusmani ha continuado dignamente. Y a él le continúan los autores de este grandísimo libro.

FRANCISCO R. ADRADOS

COLVIN, STEPHEN, *A Historical Greek Reader. Mycenaean to the Koiné*, Oxford, Oxford University Press, 2007, XX + 410 pp.

Este libro reúne buena parte de las virtudes de los *readers* o *companions* británicos, que tan prácticos resultan para cualquier lector interesado en un ámbito temático concreto, así como también alguna de las importantes limitaciones a las que frecuentemente se ven obligadas las obras de este tipo por mor de una mayor comodidad en su consulta. Aunque concebido básicamente como una introducción a la historia del griego antiguo para estudiantes de nivel universitario, tal y como se explicita en su prefacio, lo cierto es que su empleo como obra de referencia podría trascender los límites del aula universitaria, dada la claridad, rigor y actualidad de su contenido. Además, su formato reducido y manejable como el de un libro de bolsillo, así como su sugestiva presentación y la excelente calidad de su impresión y tipografía, dentro de la tradición que acredita a la editorial, lo hacen realmente atractivo. También su estructura y el concepto a que responden la selección y ordenación de sus materiales. Sin embargo, impuestos sin duda por esa manejabilidad, los límites de espacio han obligado al autor a hacer un verdadero esfuerzo de síntesis en la primera parte de la obra, cuyo resultado final no resulta del todo satisfactorio. Frente a una parte II, que contiene una cuidada selección de textos con traducción y comentario, el libro consta de una parte I que, bajo el título genérico de «Introduction», pretende trazar de modo esquemático un resumen de las principales características de la lengua griega en las diferentes etapas de su desarrollo, desde el griego micénico hasta la prosa literaria postclásica. Así, se concentran en escasamente 71 páginas —extensión bastante limitada, especialmente si se tiene en cuenta el reducido tamaño de su, por otra parte, cómoda caja— los rasgos básicos del micénico, los de la creación del alfabeto griego y su extensión, los de las familias dialectales, los de las lenguas literarias y los de la koiné, tanto en su vertiente popular como literaria. De modo que, por ejemplo, la cuestión del origen indoeuropeo del griego y su evolución a partir de la protolengua se aborda en dos páginas y media escasas, la descripción de las características fundamentales del arcadio-chipriota en cuatro, las del jónico-ático en cinco, las del

grupo eólico en otras cuatro, todo el griego occidental en apenas tres y media, y la fonología, morfología y sintaxis de la koiné en sólo dos. Obviamente, por muy bien redactado y sintetizado que esté el texto —que lo está—, resulta prácticamente imposible ir más allá de un mero esquema básico, al que pueda acudir inmediatamente el estudiante que consulte la segunda parte de la obra, con el fin de resolver dudas de carácter muy elemental que le asalten en su lectura. Resulta por ello difícil que esta primera parte pueda cumplir completamente el objetivo fundamental que menciona S. Colvin en la p. VI de su prefacio: «the reference grammar is not a comprehensive historical grammar: it is an outline which is meant to provide a general historical context, and to explain features which occur in the texts in a more orderly way than is possible in the commentary». Salvo que el contexto histórico general que se busque sea muy básico o los rasgos que se desee consultar sean de carácter elemental, el lector de esta antología de textos tendrá que recurrir para resolver sus dudas a otros libros de referencia con una descripción o contenido teórico más completo, como por ejemplo —pese al evidente desfase de sus datos— la primera parte del venerable *The Greek Dialects* de C. D. Buck, con el que la comparación parece obligada —aunque Colvin significativamente y de modo realista trate de marcar distancias frente a él en la p. VIII de su introducción: «the nature of the present book and considerations of space ruled out any attempt at a grammar of the Greek dialects on the same scale»—.

Las limitaciones de espacio apuntadas son sin duda la causa de que, en algunos pasajes, el texto pueda resultar insuficiente o incluso confuso o contradictorio. Por ejemplo, en el apartado correspondiente a la fonología del micénico, se nos menciona (p. 10) la idea tradicional de que «Initial *y- develops into two separate sounds in Greek (viz. h- and z-): the reasons for this have never been properly understood». Sin embargo, en el apartado donde se nos da una visión general de los desarrollos fonológicos distintivos del griego, al tratar la aspiración (p. 27) se apunta como su único origen la evolución de IE *s- y *sw-, sin ninguna mención al ya citado desarrollo de *y- (o a alguna explicación alternativa, como la posible anteposición de una laringal, propuesta por algunos autores como explicación de un resultado *[H]y- > *h-). También razones de espacio deben haber motivado que, al citar de modo completamente escueto las características fonológicas y morfológicas de la koiné (p. 67) no aparezca ninguna mención de un fenómeno tan frecuente y llamativo como el paso -ιος > -ις, -iov > -iv, citado habitualmente como uno de los rasgos más característicos de esa etapa lingüística —cf. p. ej. las menciones de G. Horrocks en la p. 117 de la primera edición (1997) de *Greek. A History of the Language and its Speakers*, o la de E. Dickey en la p. 157 de su contribución, sobre la lengua de los papiros documentales, en el recientemente editado por R. S. Bagnall *The Oxford Handbook of Papyrology* (2009)—. No obstante, en la introducción también se observan aciertos evidentes. En este sentido, además de la capacidad de síntesis a que se ve obligado —y que resuelve en buena parte con claridad y rigor—, destaca el esfuerzo del autor por hacerse

eco de la bibliografía más reciente. Debido a ello, pese a que en distintos pasajes la aclaración se halle sólo implícita tras una referencia bibliográfica, la actualidad del trabajo que se cita y el acierto con el que ha sido seleccionado permitirán al lector encaminar adecuadamente sus pasos para aclarar la cuestión que le interese.

En la segunda parte del libro, «Texts with translation and commentary», se evidencia más claramente el valor práctico y provechoso de su uso como texto universitario. Por lo pronto, la selección de contenidos es temática y diacrónicamente más amplia que la que ofrecía la obra de Buck. De modo que esta segunda parte se subdivide en tres secciones. Una primera ofrece el texto de seis tablillas micénicas. A continuación, una segunda recoge una selección forzosamente sintética, pero bastante representativa, de inscripciones de época dialectal, entre las que incluso aparecen como ejemplos de la lengua de la koiné, además de la interesante inscripción de Janto publicada en SEG 38.1476 —donde puede apreciarse el contraste entre la koiné helenística y la koiná del noroeste—, dos cartas en papiro de época ptolemaica. Finalmente, una tercera sección ofrece una selección de textos dialectales literarios, que se cierra, a su vez, con textos literarios postclásicos que muestran las características de la koiné literaria.

Evidentemente, cualquier colección de este tipo puede ser discutible y a cualquier lector puede parecerle recomendable la inclusión de un texto que no aparece en ella, pero en su conjunto Colvin ofrece un buen muestrario de los diferentes tipos de documentos y obras que testimonian la evolución del griego desde sus primeros registros escritos hasta la época helenística y —en el ámbito literario— romana. En toda esta segunda parte, al texto griego de cada documento o pasaje citado le sigue su traducción —lo que constituye un verdadero acierto, dada la finalidad básica de la obra—, así como un comentario de las peculiaridades más significativas. En él, al igual que en la primera parte, destaca la inserción precisa de referencias bibliográficas actualizadas. El libro se cierra con un mínimo glosario de términos lingüísticos, el índice bibliográfico, un índice general de carácter fundamentalmente conceptual y terminológico y un índice de palabras latinas. Se echa en falta, ciertamente, un índice de términos griegos, cuya carencia dificulta notablemente la consulta puntual —evidentemente no habría sido preciso que fuera exhaustivo, sino sólo selectivo de los términos comentados—. Con todo, a pesar de las objeciones apuntadas, esta antología de textos está llamada sin duda a prestar buenos servicios en las aulas universitarias.

JOSÉ A. BERENGUER
CSIC

GARCÍA-HERNÁNDEZ, BENJAMÍN, *De iure uerrino. El derecho, el aderezo culinario y el augurio de los nombres*, Madrid, Dykinson, 2007, 240 pp.

El origen de este libro está, como explica su autor en el prólogo, en el estudio de la expresión *de iure uerrino*, locución llena de ambigüedades, formada por un sustantivo polisémico, *ius*, que significa ‘derecho’ y ‘salsa o aderezo’, y un adjetivo, *uerrino*, que corresponde al nombre propio *Verres*, pero también al común *uerres*. La expresión se puede interpretar como ‘justicia de Verres’, como ‘caldo de verraco’ y como ‘caldo de Verres’.

Un pormenorizado rastreo efectuado en las *Verrinas* de Cicerón en busca tanto de la expresión en su conjunto, como de cada uno de sus componentes, permite presentar dicha obra como un auténtico manantial de juegos de palabras que no habían sido analizados hasta ahora, y a su autor, Cicerón, como experto en el empleo de procedimientos retóricos y recursos cómicos, cuya inspiración está sin duda en ese modelo escénico, y cuya influencia dejará huella en generaciones posteriores.

Con la inteligencia, la agudeza y el rigor que le caracterizan, el autor, que conoce en profundidad el léxico latino y los mecanismos que intervienen en su formación y evolución, realiza un detenido análisis lingüístico de los componentes de la expresión.

Tras una breve introducción general, de carácter teórico, el autor explica que el sustantivo *ius*, que proviene del verbo *iungere* ‘unir’, significa en latín ‘derecho’, pero también ‘aderezo, caldo, jugo’. Estos dos significados han llevado a todos los estudiosos a considerar que se trataba de dos sustantivos con dos raíces diferentes. Solamente Carnelutti, en 1947, sostenía contra corriente una etimología común para ambos sustantivos. La investigación de García-Hernández justifica de forma documentada la tesis de Carnelutti y demuestra que, en realidad, se trata de un caso de polisemia oculto por la pérdida del significado básico etimológico del término *ius*, ‘unión, fórmula de unión o arreglo’, que lo emparenta con *iungo*, que enlazaba el significado de ‘derecho’ con el de ‘salsa’, y que parece reproducirse en el de ‘derecho’ y ‘aderezo’, pues ambos términos sirven para significar unión, arreglo o aderezo. Ello da pie para establecer analogías entre la fórmula jurídica y la receta culinaria y entre la fórmula jurídica y la receta médica que arregla un desequilibrio de salud.

A continuación se analiza el segundo componente de la expresión, el adjetivo *uerrino*, que se asocia al nombre propio *Verres*, pero también al nombre común *uerres*, ‘verraco’. La conducta despótica de *Verres*, perverso gobernador de Sicilia, parece que pudo llevar a los habitantes de esta isla a hacer mofa de su nombre y a asociarlo con el nombre común, que a su vez sufre asociaciones cotidianas con suciedad, voracidad y engorde. Cicerón en las *Verrinas* aprovechó esta asociación para poner de relieve vicios y delitos del acusado, comparándole con el verraco por su instinto insolidario y depredador y estableciendo además una relación paronímica con *euerrere* ‘quitar, llevarse barriendo’ y con la familia de *uertere* ‘volver, girar’, ‘desviar’.

Uniendo ambas ambigüedades, la de *ius* y la de *uerrino*, se crea una expresión no menos ambigua que se puede entender como ‘justicia de Verres’, ‘caldo de verraco’ o ‘caldo de Verres’.

Un paso más allá lleva a García-Hernández a comprobar la explotación humorística que hace Cicerón del campo asociativo de *Verres*.

Entre los corruptos que formaban el séquito de Verres destaca *Apronius*, cuyo nombre tiene también correspondencia en la lengua común con la denominación del «jabalí», por lo que se establece una semejanza entre *uerres* ‘verraco’ y *aper* ‘jabalí’. Cicerón considera que ambos personajes son almas gemelas relacionadas con la raza porcina, tanto por su nombre como por su conducta, y aprovecha la ambigüedad de la expresión *similem sui*, que aparece también en un acertijo pompeyano, como punto de referencia porcina, ya que puede significar ‘semejante a sí’, pero también ‘semejante a un cerdo’, debido a la homonimia que se produce entre el genitivo del reflexivo *se* y el dativo del sustantivo *sus*, sustantivo genérico que comprende tanto al cerdo doméstico como al salvaje (*aper*). Este juego de palabras era muy popular y debió perdurar en la lengua viva mientras los hablantes tuvieron conciencia de la colisión homonímica. Sin embargo, la ambigüedad no parece haber sido entendida por traductores y comentaristas modernos, a excepción de Thomas.

Por otro lado, Cicerón califica el natural malvado (*improbitas*) de Apronio como de *singularis*, anticipación de un uso popular, en el que *singularis* se entiende como un epíteto de *aper* que con el tiempo suplanta al propio sustantivo hasta el punto de que, en varias lenguas romances, da nombre al animal. Esta alusión tampoco había sido vista hasta ahora por nadie. Determinados contextos en los que Cicerón aplica con insistencia el adjetivo *singularis* a Verres y Apronio favorecen que se pueda interpretar el sentido alusivo. Verres y Apronio, además de fieras porcinas, poseen singularidad, calificativo que se puede relacionar con las bases léxicas de estos dos nombres (*uerres* ‘verraco’ y *aper* ‘jabalí’). De ser así, Cicerón anticipa en varios siglos el uso peculiar del adjetivo. Como en el caso de *sui similis*, desciende al lenguaje llano para utilizarlo de forma ambigua.

Para demostrar la estima de Cicerón por el viejo sentido del humor romano, por la *urbanitas* que se manifiesta en el lenguaje ingenioso culto, frente al lenguaje vulgar y que no deja de tener algo de maledicencia, García-Hernández realiza un examen de juegos de palabras, dichos graciosos, chanzas o alusiones empleados por este autor, que se basan en la interpretación de nombres propios y que tuvieron eco en Quintiliano, Plutarco y Macrobio. Los nombres propios suponían una fuente preciosa de ambigüedades y dobles sentidos y Cicerón lo que hace es explotar oportunamente la base popular que subyace a los mismos, como las burlas de los sículos sobre Verres.

Es posible que Cicerón, apasionado por el teatro y admirador de Plauto, se nutriera en sus discursos del recurso popular, muy explotado por las comedias, de poner a los personajes nombres parlantes. Los de Verres y Apronio, aunque reciben un

tratamiento cómico, son como nombres de tragedia, impuestos de antemano, pero, a pesar de tratarse de personajes reales, la adecuación entre nombre y personaje es tal que permite al orador aprovechar los recursos que emanan de su propia etimología que, por ser nombres puramente latinos, resulta transparente.

La solidez de los argumentos, la maestría con que, paso a paso, avanza en el análisis de los datos y la atinada toma de posición en el avance de conclusiones por parte del autor nos sugieren calificarlo, inspirándonos en su propio contenido, de «singular», eso sí, sin ambigüedad ninguna, sino apoyándonos para ello en la segunda acepción que proporciona el *DRAE* para definir dicho adjetivo: ‘extraordinario, raro o excelente’.

MATILDE CONDE SALAZAR
CSIC

III. LITERATURA Y FILOSOFÍA

Performance, Iconography, Reception. Studies in honour of Oliver Taplin.

Edited by Martin Revermann and Peter Wilson, Oxford, Oxford University Press, 2008, 583 pp.

Espléndido libro este, dedicado a Oliver Taplin por una larga serie de discípulos de Oxford y algunos otros más. Espléndidamente editado e ilustrado.

Es sabido que Oliver Taplin ha estudiado la sabiduría y conexiones internas de la tragedia, de tragedia y comedia, de ambos géneros con los géneros griegos que las precedieron y acompañaron (la *Odisea*, la comedia siciliana, los órficos y otros movimientos, la puesta en escena, las interpretaciones modernas). Pero también ha destacado en otros temas, como el estudio de tragedias y comedias concretas o de escenas de las mismas, de lo que la cerámica griega añade a nuestro conocimiento del teatro, de ecos en la Europa moderna.

Puede decirse que, sin apartarse del estudio directo del teatro griego en general y de obras o escenas representadas o imitadas en la modernidad, Taplin ha contribuido mucho a la comprensión del teatro griego en muchos sectores del mundo contemporáneo.

Conocí a Oliver Taplin en los festivales de Delfos y Siracusa, hace tiempo ya. Es una personalidad creadora, original. Es pena que las actuales circunstancias de nuestro mundo vayan a jubilarle en Oxford muy pronto, al cumplir 65 años. Pero este libro es una espléndida corona que añade las aportaciones de una larga serie de discípulos.

Imposible dar una relación completa de los veintitrés autores cuyas aportaciones constituyen el libro —seguidas de una relación de publicaciones del propio Taplin—. Enumeraré, sin embargo, las seis partes del libro, añadiendo algunos detalles sobre algunos de los artículos recogidos.

La Parte I («Performance: Explorations») se ocupa de los precedentes del teatro: límites de los géneros a comienzos del siglo V, dramas del entorno de tragedia y comedia, el coste de las *Dionysia* (de P. Wilson, es un estudio particularmente original e importante), relaciones con Deméter (ninguna) y con Sicilia.

El tema central del libro aparece en II («Performance: Epic») y sobre todo en III («Performance: Tragedy»). Y ello, ya hablando en general (*Euménides*, precedentes de los coros trágicos en rituales diversos), ya de temas más particulares.

Paralela es la Parte IV («Performance: Comedy»), que incluye monografías sobre escenas en la puerta y el uso de la máscara.

Pero no acaba aquí la materia del libro: sigue, en la Parte V, con el tema, caro a Taplin, del eco de las representaciones en la iconografía de los vasos. Y todo ello prosigue con el estudio, en la parte VI, de la recepción, con varios trabajos de detalle que culminan, quizá, en el de E. Fischer-Lichte de la resurrección de la tragedia griega en Wagner, en la Alemania nazi (¡los Juegos Olímpicos del 36!) y las puestas en escena posteriores (tratadas muy incompletamente).

Hay, pues, hermosos artículos sobre puntos clave, pero que dejan entre ellos lagunas, como no podía ser menos. Aprendemos mucho, pero quedan ausentes importantes temas. Algunos, menos tratados o no tratados por Taplin, por ejemplo, el de los orígenes del teatro, o el de no sólo las diferencias, también los puntos de partida comunes y los puntos de contacto entre comedia y tragedia.

Claro, ya dije, un libro como este, excelente por lo demás, no puede dejar de contener lagunas. Y, ya que he hecho el elogio de la escuela de Taplin, que podría continuarse con el de la Filología inglesa en general, me permitiría añadir alguna nota crítica, no tanto de Taplin y su escuela, eminentemente creativa, como de la Filología Clásica en general en Inglaterra.

Mi crítica es a su insularidad: todo o casi todo lo que citan es inglés —y no hablo de la selección de autores, esto es lógico, sino de las bibliografías que cierran los diferentes artículos—. Por ejemplo, sobre el tema de Tragedia versus Comedia he escrito cosas ¡en inglés! en mi *Festival, Comedy and Tragedy. The Greek Origins of Theatre*, publicados por Brill en 1975. Cosas de este libro sobre los orígenes del teatro y su relación con la lírica popular mimética podrían haber sido discutidas en varios lugares. Esto es un botón de muestra. Parece ser un principio inglés citar lo menos posible cosas continentales. Salvo algún libro alemán inevitable.

Me decía el profesor argentino Ronchi March que la Filología Clásica y Gibraltar eran los últimos restos del Imperio Británico. Esto debería cambiar, ya no hay imperios de estos. Hoy se escriben cosas dignas de atención en todas partes. Elegir los

autores de los diversos artículos es, ciertamente, cosa de los editores. Pero la cerrazón de casi todos ellos a lo no británico creo que, hoy ya, debería cambiar. Los griegos son padres de todos y sobre ellos escribimos todos.

FRANCISCO R. ADRADOS

ACETTI, CHIARA, LEUZZI, DANIELA, PAGANI, LARA, *Eroi nell'Iliade. Personaggi e strutture narrative*. A cura de L. Pagani, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2008, XIII + 496 pp.

Este volumen contiene las versiones preparadas para su publicación de sendas tesis doctorales dirigidas por F. Montanari y defendidas en la Universidad de Génova entre 1999 y 2001. Reflejos de esa relación son: 1) la atención a un conjunto temático muy coherente, centrado en los héroes homéricos, particularmente en el ámbito de sus muertes; 2) la asunción de unas bases teóricas comunes, como por ejemplo la consideración de los poemas como algo completo y aprehensible para el «auditorio» (Pagani, cuyo trabajo es más bien descriptivo) o para el «público» (Acetti y Leuzzi, que tratan temas más relacionados con la estructura), lo que conlleva evidentes implicaciones en el problema de la cronología de los poemas en las que ni entran ellas ni entraré yo: en ese sentido creo que hay que entender la afirmación de Leuzzi (p. 272) de que la repetición del mismo verso en la muerte de Héctor y Patroclo (y en la de Sarpedón, añadimos: XVI 502 = 855; XXII 361), un verso que sólo aparece esas tres veces, es «segno di una precisa volontà poetica, non soltanto una traccia dello strumento espressivo formulare»; y 3) la utilización de una metodología de análisis aplicada con constancia y provecho. Sorprende, en consecuencia, la escasez de referencias internas entre los capítulos, a pesar de la evidente comunidad de objetivos e intereses.

En conjunto y en cada uno de los capítulos el libro ofrece un alto nivel. El análisis es riguroso y exhaustivo: puede decirse que no se omite ningún pasaje que tenga que ver con el tema de cada capítulo; se presta, además, la máxima atención a las fuentes antiguas: escolios y Eustacio, que se manejan con gran soltura, y modernas. Se distribuye en tres capítulos (pp. 3-418) seguidos de una amplísima bibliografía (pp. 419-455), en la que se omiten, sin embargo, las ediciones de Allen y Van Thiel —cosa sorprendente, una vez que se cita la de Mazon; no se indica, además, en el trabajo qué edición sirve de base para los textos citados, aunque parece ser la teubneriana de West— y sendos apéndices (pp. 457-496) de pasajes citados, nombres antiguos y términos técnicos, útiles aunque se quedan en la mera indicación de las páginas en que aparecen.

En cuanto a la organización de los capítulos en el volumen, no sabemos si obedece a la deferencia de la editora, Pagani, cuyo trabajo aparece en último lugar, con sus

compañeras, a la mera aplicación del orden alfabético o a una estrategia parecida a la que adopta Néstor (*Il.* IV 297-300) cuando pone sus mejores tropas delante y detrás y las peores, en medio; pero, aun insistiendo en el alto nivel de los tres trabajos, el resultado es exactamente ese en mi opinión.

Y es que el capítulo de Leuzzi, dedicado a la comparación de los episodios en que mueren Patroclo y Héctor, es no sólo más breve que los demás (pp. 271-326), sino que, aparentemente, mantiene más que ellos las servidumbres propias de la tesis doctoral de la que procede, con constantes indicaciones y recapitulaciones de lo que se va a hacer y de lo ya hecho. Por lo demás, el capítulo, que compara exhaustivamente la muerte de aquellos héroes y refleja acertadamente cómo destaca el poeta esas muertes frente a las de otros personajes menos relevantes, al aplicarles los procedimientos de la variación —caso de Patroclo, en cuya muerte cobran sentido distintas situaciones repetidas en la muerte de otros héroes— y la ampliación —caso de Héctor, en cuya muerte se detiene el poeta, aportando símil tras símil a cada nuevo paso de la lucha—, así como las implicaciones que para la estructura narrativa del poema tienen las semejanzas que muestran ambas escenas, presenta, a mi entender, un cuadro mucho menos completo que el que ofrece el capítulo de Acetti, con el que, además, su trabajo se solapa con frecuencia.

Los otros capítulos son, creo yo, de mayor calidad, sobre todo el de Acetti (pp. 1-270), que es el de mayor extensión. Se divide en tres apartados y un apéndice, que tratan, respectivamente, de: 1) las apariciones de Sarpedón en el poema, con las relaciones de sus intervenciones con las de Patroclo y Héctor y su importancia en la economía narrativa del conjunto (pp. 3-154); 2) las dificultades de cohesionar el Sarpedón homérico con el que nos presentan otras fuentes (pp. 155-223); y 3) la integración de su figura en el conjunto narrativo de la *Iliada* (pp. 224-230). El apéndice (pp. 231-270) se dedica a la discusión de si, como pretenden algunos neoanalíticos (cf. por ejemplo, J. S. Burgess, «Beyond Neo-Analysis: problems with the vengeance theory», *AJPh* 118, 1997, pp. 1-19), Sarpedón es un simple trasunto de Memnón.

A mi juicio, el apartado de mayor entidad y calidad es el primero, donde repasa minuciosamente las intervenciones del rey de los licios, apreciando con todo acierto la íntima relación —por semejanza, por anticipo de desarrollos futuros y por reflejo de acontecimientos pasados— de sus aventuras con las de Patroclo y Héctor. El espacio que se me ofrece para esta reseña no me permite entrar en detalles, pero señalaré que la autora demuestra sin lugar a dudas que Sarpedón no es un añadido prescindible en el poema, como se pensó durante algún tiempo, sino, muy al contrario, un personaje capital, tanto por ser el caudillo del contingente aliado de los troyanos más numeroso e importante, como, sobre todo, por el destacadísimo papel que desempeña de cara a la cohesión narrativa del poema.

Sin perder interés, los otros dos apartados son de naturaleza más teórica. El primero de ellos se dedica a tratar de superar las dificultades que proporciona un doble

hecho: 1) que a pesar de ser descendiente de Belerofontes por línea materna sea él el caudillo de los licios y no Glauco, que lo es por vía paterna, y 2) que la tradición no homérica haga de Sarpedón un hermano de Minos, como hijo de Zeus y Europa, lo que, a su vez, produce dos problemas: la procedencia del héroe, cretense y no licio, y el momento «histórico» en que hay que situar al personaje, al menos tres generaciones antes del asunto de Troya (Idomeneo es hijo de Deucalión, hijo de Minos según *Il.* XIII 451-452). El segundo, a las vías de transformación del Sarpedón no homérico para convertirse en el de la *Iliada*. Ambos apartados son, como digo, básicamente teóricos y, aunque Acetti argumenta con soltura y buen criterio, hay algunos aspectos de difícil encaje.

En último término, el capítulo redactado por L. Pagani (pp. 327-418) se ocupa con acierto y pormenor del código de honor (de vergüenza, más bien) que rige el comportamiento de los héroes, tanto en general, como particularmente ante la muerte. Describe en él con todo detalle las distintas motivaciones que impelen a esos héroes a afrontar la posibilidad de la muerte a pie firme, desde el respeto por el código al «qué dirán», pasando por la asunción de que, siendo la muerte inevitable, lo mejor es afrontarla con honor; describe también los obstáculos que opone a ese código el humano instinto de conservación y las distintas situaciones de duda, que llevan al guerrero a la súplica o a la huida. Se trata de un capítulo de extraordinaria utilidad para la comprensión de tantos pasajes iliádicos que tienen por contenido los duelos singulares (o colectivos) y la actitud de los diferentes guerreros ante la posibilidad de la muerte, unos pasajes en los que, aunque la autora no lo acepte por completo, creemos que —ya lo señalaban los escoliastas— el poeta deja ver muy claramente que sus simpatías están en el bando aqueo.

En resumen, estamos ante un libro bastante coherente en método y objetivos, aunque no lo es en el contenido, con dos capítulos que atienden a la estructura y uno a la forma; un libro bien documentado y con buena argumentación, cuyo mayor interés reside, a mi juicio, en el primer capítulo y en el acopio (y atinado análisis) de los numerosos pasajes que se estudia.

LUIS M. MACÍA APARICIO
Universidad Autónoma de Madrid

ANGELI BERNARDINI, PAOLA (ed.), *L'epos minore, le tradizioni locali e la poesia arcaica. Atti dell'incontro di studio, Urbino, 7 giugno 2005*, Pisa-Roma, Fabrizio Serra Editore, 2007, 155 pp. + 9 figs.

El volumen que reseñamos recoge el texto de las nueve colaboraciones expuestas en el encuentro de estudio sobre la épica griega menor celebrado en Urbino

en junio de 2005. Según recuerda la introducción de la profesora Bernardini, en las últimas décadas del siglo XX se suscitó un interés renovado por estos poemas fragmentarios, en cuyo estudio se han volcado especialistas de distintas ramas de la Filología Clásica. En consonancia con ello, los trabajos editados en el libro abordan desde cuatro perspectivas diferentes cuestiones suscitadas por el «epos menor».

Los tres estudios agrupados bajo el primer epígrafe («Tradizioni mitiche e realtà regionali») se centran en algunos de los aspectos más localistas de esta poesía. Así sucede en el trabajo que O. Olivieri dedica a las tradiciones relativas al río Asopo y su descendencia; la saga de este dios-río *interregionale* la atestiguan entre los épicos Homero (*Iliada* IV 382-398, X 285-288; *Odisea* XI 260-265) y Eumelo (frs. 3 y 4 Bernabé), quienes se hacen eco de tradiciones regionales diversas: según Olivieri (*contra* Bowra) la tradición peloponesia atestiguada en Eumelo es secundaria frente a la beocia a la que se refiere Homero. L. Bastianelli estudia después la saga de los hijos de Níobe; según Pseudo-Apolodoro (III 46 ss.) Telesila la trató en una versión localista que, como sucedía con Eumelo y el Asopo, reformula desde un enfoque regional (argivo) la leyenda atestiguada ya en Homero. El tercer trabajo, del que es autor M. Dorati, analiza las tradiciones divergentes sobre la organización de la Argólide; según muestra Dorati, Homero, Hesíodo, la épica menor y Píndaro presentan organizaciones distintas de ese territorio, no tanto porque dependan de tradiciones locales dispares como porque cada poeta reelabora la leyenda en función de las características de su obra.

La segunda sección del libro («Tradizioni mitiche e committenza») incluye un único trabajo escrito por P. Dolcetti, quien revisa las tradiciones relativas a Menesteo, hijo de Polidora, la hermana de Aquiles mencionada en *Iliada* XVI 175; sus distintas genealogías parecen obedecer a motivaciones políticas y al intento de relacionar las sagas locales de Atenas y Salamina con la stirpe de Aquiles.

Son tres los estudios que integran la sección siguiente del volumen, «Saghe epiche e versioni elegiache e liriche». En el primero, A. Aloni parte del análisis de un fragmento elegíaco atribuido a Arquíloco (*POxy.* 4708) en el que se habla de Télefo y la leyenda del desembarco aqueo en Misia, tema tratado en la épica cíclica (*Ciprias*); según aclara Aloni, la saga del misio Télefo era relevante en época arcaica en Paros por los intereses que la isla tuvo en el Helesponto tras la fundación de Paro. La colaboración de E. Cingano se centra en Teseo y sus hijos, figuras obviamente vinculadas con Atenas que mantienen al tiempo relaciones con Troya según atestiguan los fragmentos de la épica arcaica. La editora del volumen, P. A. Bernardini, dedica a continuación un capítulo al análisis de la colectividad femenina de las Danaides y el tratamiento de su tema en la épica (*Forónida, Catálogo de las mujeres, Danaida*) y la lírica coral (Píndaro, *Píticas* IX; Baquilides, *Ditirambo* V; Melanípides, fr. 757 *PMG*).

El último apartado de la obra, «I temi ciclici nella poesia e nell'arte», consta de dos capítulos. El primero de ellos ha sido escrito por S. Brunori y tiene por objeto estudiar el tema de Memnón, Antíloco y Aquiles en sus versiones literarias (*Etiópida*; Píndaro, *Píticas* VI, *Nemeas* VI) e iconográficas; la autora destaca cómo, pese a la disparidad de modalidades y códigos expresivos, iconografía y literatura coinciden en su intento de proponer al público modelos heroicos con valor de paradigma. El artículo con el que concluye el volumen es obra de L. Bravi; en él se discute el tipo de relación que puede existir entre la representación de la captura de Troya que Polignoto pintó en Delfos y las obras de Estesícoro y Simónides, poetas a los que se cita en el mismo pasaje de Pausanias (X 25.1-31.12) a través del cual conocemos la obra más famosa del pintor de Tasos.

Tras el artículo de Bravi el lector se encontrará todavía con las siguientes secciones: una bibliografía que recoge todas las obras citadas en el volumen (sorprende, por cierto, que no se cite a ningún autor español cuando es tanto lo estudiado sobre la épica arcaica desde hace treinta años en nuestro país), un «Indice dei nomi» (incluye nombres propios de la Antigüedad) y una lista de pasajes discutidos.

Son obvios los motivos por los que la épica griega fragmentaria puede parecer «menor» en comparación con *Iliada* y *Odisea*. Con todo, el interés de estos textos no resulta desdeñable. Algunos de los motivos por los que esta poesía sigue concitando la atención de los especialistas quedan bien ilustrados por los nueve estudios que recoge este libro.

JOSÉ B. TORRES
Universidad de Navarra

MALDOMINI, FRANCESCA, *Tradizione antologica dell'epigramma greco. Le syllogi minori di età bizantina e umanistica*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2008, 214 pp.

El presente libro tiene su origen en la *Tesi de Perfezionamento*, discutida en la Scuola Normale Superiore di Pisa, de una joven investigadora que tiene en su haber ya importantes trabajos sobre la tradición antigua y medieval de los *corpora* de literatura epigramática y gnómica, así como la edición de alguna antología epigramática en papiro, y viene a colmar una laguna, no poco importante a pesar del calificativo que comporta el objeto de estudio —las *sylogai minores* de epigramas de época bizantina y humanística—, en cuanto investigación sobre el origen, organización, tradición y contenidos de cada una de ellas, sin olvidar las relaciones existentes entre las diversas antologías estudiadas.

Aunque algunas figuras en los *Prolegomena* y en los aparatos críticos de las ediciones de epigramas, la crítica moderna ha prestado a estas antologías menor

atención, porque se ha centrado en los dos grandes testigos de las antologías de epigramas: la *Antología Palatina* (*AP*), compilada en Bizancio y conservada en el *codex* de mediados del siglo X, hoy dividido, Heid. Pal. gr. 23 + Par. suppl. gr. 384, y la *Antología Planudea* (*APlan*), conservada en el Marc. gr. 481, de comienzos del siglo XIV, que representa el autógrafo de su creador, Máximo Planudes. Y si ocasionalmente se han tenido en cuenta algunas de sus lecturas o se han considerado aquellos epigramas que, extraños a la *Palatina* y la *Planudea*, las *Syllogai minores* transmiten (son veintiocho, editados por Cougny en *Appendix nova epigrammatum veterum ex libris et marmoribus ductorum*, París, 1890, que constituye el vol. III de la *Antología* de Dübner en Didot), habían quedado en un segundo plano de atención las características de las diversas vías de conservación y transmisión, así como de las modalidades de uso de estos textos.

Dos han sido los objetivos prioritarios que la autora del trabajo se propuso. El primero era ver si estas compilaciones muestran signos de dependencia de los testimonios conocidos o configuran canales tradicionales diversos. Se trata, pues, de completar el cuadro tradicional de la *Antología Griega* y ver si es una transmisión monogenética (es decir si todas las colecciones llegadas a nosotros —no sólo *AP* y *APlan*— derivan de Céfalas) o si es posible aislar diferentes ramas de transmisión, para lo cual cualquier información recabable sobre relaciones particulares entre todos los testimonios disponibles era de pertinencia histórico-tradicional, debiendo ser clarificadas tanto las relaciones entre los manuscritos de una *syllogé* como las existentes entre las diversas compilaciones. El segundo objetivo era de carácter más estrechamente ecdótico, pues se trataba de comprender cuánto puede ser tomado en consideración para la *constitutio textus* de los epigramas de la *Antología Griega* y qué testimonios (y a qué título) pueden ser incluidos en el aparato de una edición, dependiendo siempre de la modalidad de aparato que adopte el editor.

El camino seguido fue el de recoger y discutir todas las informaciones útiles para describir con precisión cada una de las *syllogai* y para establecer la posición tradicional. El punto de referencia imprescindible era la tradición de matriz «cefaleana» representada por *AP* y *APlan*. Pero sólo de algunas *syllogai* se dispone del texto íntegro, un texto que por otra parte pertenece a publicaciones envejecidas y frecuentemente desprovistas de adecuados soportes críticos; y ha sido sobre estos materiales, y no sobre una revisión directa, sobre los que se han basado los modernos editores de la *Antología Griega* para construir los propios aparatos críticos, con el resultado de imprecisiones, errores y omisiones frecuentes. Se imponía, pues, la autopsia para ver qué epigramas contiene cada una y llevar a cabo la *collatio* integral. Sólo así se podría disponer de todos los elementos de ponderación para determinar el origen, naturaleza y posición tradicional de toda *syllogé*. Es digno de elogio el alto número de manuscritos, testimonios de las *syllogai*, de los que se ha hecho una revisión autóptica (de todos los manuscritos de las *syllogai minores* conservados en

las Bibliotecas Medicea Laurenziana, Apostolica Vaticana y Nazionale de Paris, los cuales constituyen la mayor parte de los testimonios); la autopsia y descripción, por ejemplo, del Laur. 57.29 (F), uno de los cuatro testimonios de la *syllogé* S (véase p. 63), hablan por sí solas de la necesidad de un trabajo como éste.

Valoro muy positivamente cómo se ha llevado a cabo la evaluación de los datos y la elección de los elementos para esa evaluación: orden de los epigramas (a ello se habían atendido preferentemente otros antes); texto de los epigramas (para valorar la relación entre los testimonios de una *syllogé* y la posición definida de ésta en la tradición de la *Antología Griega*; lemas, elementos paratextuales híbridos (externos y accesorios a los epigramas, pero en parte asimilables al texto verdadero y propio porque son transmitidos junto a él), que aportan una información que ha de ser tratada con suma cautela.

En el análisis pormenorizado la autora ha dedicado a cada una de las *syllogai* un capítulo, presentando en sucesión las que son próximas en el plano tradicional o desde el punto de vista de la transmisión material. En el análisis se sigue un esquema fijo: 1) descripción de los testimonios, circunscrita a los elementos significativos para la presente investigación (orden de los epigramas, variantes textuales, lemas) y al elenco de los epigramas; 2) relaciones de parentesco entre los diversos testimonios; 3) análisis de las características de la *syllogé* en cuanto a su formato antológico (organización interna, criterios del compilador...); 4) investigación sobre las relaciones de la *syllogé* con los otros testimonios conocidos (*in primis*, con las antologías *Palatina* y *Planudea*, después, eventualmente con otras *syllogai*), evaluando todos los elementos disponibles, pero atribuyendo un valor preeminente a los textuales.

Los resultados de este estudio contribuyen a la creación de un cuadro de conjunto de las colecciones de epigramas de las que tenemos noticia y de una presentación de tipo histórico-tradicional de las mismas. Además, se ha hecho una lectura de los datos obtenidos del análisis filológico y de otros aspectos analizados (formato y contenido del manuscrito, identidad del copista, circunstancias, ambiente cultural en el que la *syllogé* ha sido creada y copiada, finalidad y mecanismos para su circulación) en relación con la historia de la cultura y la posición que el género epigramático ha ocupado en un determinado período, los siglos del final de la época bizantina y la época humanística, y en un determinado ambiente. Y sobre todo, se han aportado bases firmes respecto a la pertinencia tradicional de cada una de las *syllogai*, para poder evaluar si las variantes textuales que aportan deben figurar o no en el aparato crítico de futuras ediciones, totales o parciales, de la *Antología Griega*. Se confirma, por ejemplo, a partir de las *syllogai* más conocidas y ricas (S, L¹, E¹, S^p, ABV), la teoría monogenética: derivan de la antología de Céfalo, colocándose, pues, al lado de *AP* y *APlan* en cuanto descendientes de la perdida compilación «cefaleana». En el plano de la aportación textual deben ser tenidas en consideración al igual que los testimonios mayores, en cuanto que se sitúan en el mismo nivel tradicional. Ninguna

de la *syllogai minores* deriva de *AP* ni de *APlan*. Se confirma también la derivación de S, F, O, K, G de la *Planudea*, debiendo éstas, en cambio, ser excluidas de los aparatos de aquellas ediciones que se proponen el registro de las variantes significativas solamente.

Debemos felicitar a la autora del libro porque de la lectura del mismo se constata cómo ha procedido con agilidad y con rigor en la aplicación de los principios que conforman el análisis, persiguiendo unos objetivos presentados con gran claridad desde el comienzo y que, como terminamos de señalar, ha logrado. La bibliografía es ajustada a la investigación desarrollada, habiendo sido reseñada y tomada como punto de partida en los distintos estadios de la misma.

FRANCISCA PORDOMINGO
Universidad de Salamanca

MATTIACCI, SILVIA Y PERRUCCIO, ANDREA, *Anti-mitologia ed eredità neoterica in Marziale. Genesi e forme di una poetica*, Ospedaletto, Pacini editore, 2007, 261 pp.

La obra que reseño, precedida de un índice, estudia, como el título indica, dos aspectos de la poesía de Marcial analizados en dos partes claramente diferenciadas, una relativa a la polémica antimitológica del poeta a cargo de Andrea Perruccio y otra sobre la herencia neotérica del bilbilitano a cargo de Silvana Mattiacci. Se completa con una amplia bibliografía y con tres índices, uno de pasajes notables de los diferentes autores griegos y latinos citados, otro de nombres y cosas notables y un tercero de autores modernos.

Perruccio, en un trabajo más amplio que el de Mattiacci (ciento treinta y cuatro páginas frente a ochenta y una), relaciona la componente antimitológica de Marcial con la sátira luciliana ejercida sobre la épica y la tragedia enianas y sobre la producción dramática de Pacuvio y Accio. En consecuencia se estudia la presencia de estos tres autores en Lucilio.

Hay en Lucilio, dice Perruccio, una desacralización de Ennio, al que el satírico vitupera, aunque reconoce su *grauitas*; se trata, por tanto, de una mezcla de homenaje y parodia. Tanto la oposición a la épica eniana, como a la producción trágica de Ennio, Pacuvio y Accio por parte de Lucilio le parece a Perruccio que tiene su fundamento en presupuestos teóricos de derivación helenística.

Pasa después el estudioso italiano a considerar la sátira de Horacio y Persio. Pienso que en el venusino no hay una hostilidad preconcebida frente al mito del epos y de la tragedia, a la vez que señala que la vena antimitológica de Lucilio sí es recogida por Persio, que muestra aversión a la poesía de tema mitológico. Esto es propio, afir-

ma Perruccio, de los ambientes estoicos de la primera época imperial y producto de una búsqueda de poesía procedente de la interioridad y alimentada por el rechazo del elemento mitológico, en definitiva de una nueva adhesión de la poesía a la vida.

Con respecto a Marcial, señala Perruccio que sólo una decena de epigramas del bilbilitano presentan juicios literarios relacionables con raíces satíricas de impronta luciliana y persiana; serían los únicos en presentar una polémica antimitológica, mientras que en gran parte de sus epigramas (por lo menos doscientos cincuenta) Marcial utiliza funcionalmente la materia mítica sin un interés polémico; éstos son, dice el italiano, muy diferentes de los que expresan juicios sobre la reutilización del mito o polemizan con ella.

Analiza Perruccio los escasos epigramas de polémica antimitológica y destaca, aunque de manera ponderada, la especial hostilidad de Marcial frente a Estacio, así como los ataques del bilbilitano a las tragedias de Pacuvio y Accio. Sus ataques al mito no impiden al de Bilbilis, en cambio, expresar su admiración por la grandeza de Virgilio.

En la segunda parte del libro, Mattiacci afirma que Marcial, a pesar de que se presenta como un segundo Catulo, no se ajusta a la tendencia lírico-subjetiva catuliana más significativa.

Para ver el modo problemático y complejo de la relación de Marcial con el neoterismo y la diversidad del de Bilbilis, la estudiosa italiana analiza el desarrollo del postneoterismo durante la época imperial y caracteriza la corriente neotérica de este periodo como una poesía de temáticas sentimentales y exóticas en metros excéntricos. Esta corriente, que se desarrolla así desde Augusto hasta Trajano, dice Mattiacci, se manifiesta como casi exclusiva en época de Adriano y de los Antoninos.

Para llegar a estas conclusiones, la autora analiza la poesía de matriz alejandrina y neotérica compuesta por Mecenas que conservamos; señala en ella un mayor preciosismo que el de los neotéricos que marca ya una tendencia, dice, a la degeneración del neoterismo típica de los *nouelli*. Mecenas constituiría el punto de unión entre una y otra etapa. Cesio Baso constituye, a juicio de Mattiacci, por su polimetría un antecedente de los *nouelli*; también se dedica atención a Petronio y a la crítica de Persio ante el neoterismo renaciente.

Marcial es presentado en esta parte del libro como un heredero del neoterismo que mantiene con éste una relación ambigua, ya que toma de él unos aspectos y otros no. Se analizan los ejemplos más evidentes de huellas catulianas en los epigramas de nuestro poeta y se llega a la conclusión de que Marcial combina la tradición catuliana con la del epigrama griego. No hay, en cambio, en los epigramas referencias significativas a los *carmina docta* del poeta de Verona; el calificativo de *doctus* que Marcial le aplica, considera nuestra autora que constituye más un homenaje al neoterismo helenizante de Catulo que una alusión a su obra mayor; realmente, dice la

estudiosa, se distancia del gusto neotérico por las composiciones eruditas, mostrando su rechazo, por ejemplo, al *Zmyrna* de Cinna.

El estudio se cierra con un análisis de la poesía cultivada en momentos de ocio por Plinio el Joven y su círculo que pretenden inspirarse en Catulo.

Al libro, bien construido y con un análisis riguroso de los textos, hay que hacerle una crítica seria en relación con la bibliografía. ¿No se les ha ocurrido a los autores que en el país donde nació Marcial podía haber una bibliografía digna de consulta? Hay que decirles que sí la hay y, en algunos casos, importante para los aspectos analizados por ellos.

Resulta llamativo que en su apartado de «Ediciones y Comentarios» sólo figure la edición del libro VII de Galán Vioque y no aparezca, por ejemplo, la edición de la obra completa de R. Moreno Soldevilla, J. Fernández Valverde y E. Montero Cartelle, publicada en Madrid en *Alma Mater* en 2004 y 2005.

No sobraría que para el capítulo de Marcial y Estacio se hubieran consultado artículos como el de Antonio Fontán, «Marcial y Estacio. Dos vates contemporáneos, dos poéticas opuestas», publicado en 1987, o el de Cabrillana Leal, de 1995, «El contenido como elemento definidor independiente: algunas composiciones de Estacio y Marcial».

Parece poco admisible que autores especializados, como parece, en Marcial desconozcan que en 2004 se publicó en Zaragoza el libro dirigido por J. Iso, *Hominem pagina nostra sapit: Marcial 1900 años después*. Si lo hubieran consultado se hubieran encontrado, por ejemplo, con dos trabajos que atañen directamente a sus temas, el de Cortés Tovar, «Epigrama y sátira: relaciones entre la poética de Marcial y la de los satíricos», y otro de D. Estefanía, «Marcial y la literatura latina».

Tanto a Perruccio como a Mattiacci hay que aconsejarles que, si siguen ocupándose de Marcial, consulten el trabajo de Rosario Moreno Soldevilla, «Estudios españoles sobre Marcial», *Estudios Clásicos* 131, 2007, pp. 129-158. También en España trabajamos en literatura latina y mucho en Marcial.

DULCE ESTEFANÍA ÁLVAREZ
Universidad de Santiago de Compostela

HUTCHINSON, GREGORY, *Talking Books. Readings in Hellenistic and Roman Books of Poetry*, Oxford, Oxford University Press, 2008, XIV + 332 pp.

El volumen recoge siete trabajos previos del autor sobre libros de poesía griega y latina desde el siglo III a. C. hasta el I d. C., a los que añade otros cuatro capítulos nuevos, de los que el primero viene a ser una introducción y el último un epílogo. Su acercamiento al estudio de la literatura es en gran medida novedoso, pues trata de

hacer ver la importancia que tiene la presentación en forma de libros de la obra de los poetas y la relación, cada vez más palpable gracias a los descubrimientos papiráceos, que existe entre la poesía helenística y la latina.

El capítulo 1, «Doing Things with Books» (pp. 1-41), parte de la idea de que las divisiones son una característica común de la literatura, y este aspecto debe tenerse en cuenta a la hora de leer e interpretar una obra; puede suceder que entidades separadas, como los poemas, aparezcan reunidas en un libro, o que una obra de mayor entidad se divida en libros (como sucede en la obra de Heródoto); en el primer caso puede decirse que el libro une, y en el segundo divide.

En el capítulo 2, «The *Aetia*: Callimachus' Poem of Knowledge» (pp. 42-63), H. analiza las características estructurales del poema de manera minuciosa, y llega a la conclusión de que, dejando a un lado el prólogo sobre la brevedad, los dos primeros libros se diferencian en gran medida de los libros 3 y 4 (que Calímaco compuso años más tarde), donde las secciones están más desconectadas formalmente, pero mantienen el hilo conductor de la idea del conocimiento. En un apéndice a este capítulo, «Catullus' Callimachean Book and the *Lock of Berenice*» (pp. 64-65), H. defiende la idea de que los poemas 65-116, que denomina *c*, del poeta veronés son un libro compuesto por el autor en dos partes: «c1», poemas 65-68b, y «c2», poemas 69-116.

El capítulo 3, «Hellenistic Epic and Homeric Form» (pp. 66-99), se adentra en el uso que se hizo de Homero en los poemas épicos helenísticos, centrándose en los dos únicos testimonios conservados, los *Argonautica* de Apolonio y la *Hecale* de Calímaco. H. observa que en Homero se perciben rasgos estéticos singulares al adaptar lo que puede denominarse narrativa paratáctica (una secuencia de elementos paralelos: en la *Odisea*, las aventuras de Odiseo) a una estructura hipotáctica (en la *Odisea*, las secuencias se subordinan a la idea de hogar y hospitalidad). A pesar de su división en rapsodias, la obra de Homero presenta un *continuum* macizo. La *Hecale* da un paso más allá y se presenta como una obra épica de un solo libro, donde resalta la antítesis entre un hombre joven, Teseo, y una vieja mujer, Hécale; Apolonio estructura su obra de modo parecido a los *Aetia* de su contemporáneo, cuatro libros divididos en dos bloques de dos libros con antítesis entre estas dos mitades, y también dentro de los propios libros (antítesis organizada mediante la oposición entre varón, Jasón, y hembra, Medea).

Con el capítulo 4, «The New Posidippus and Latin Poetry» (pp. 90-108), H. demuestra fehacientemente que los nuevos descubrimientos papiráceos resaltan la importancia de la base helenística de la literatura latina, en particular de la elegía latina. El nuevo texto está compuesto de unos cien epigramas (que H. atribuye a Posidipo) organizados por temas (H. opina que tal vez fueran ordenados así por el propio autor). Este nuevo papiro refuerza las relaciones entre el epigrama y la elegía latina; H. recuerda que los elegíacos rehacen epigramas sobre un tema particular, pero con

una forma extendida (por ejemplo, Ovidio *Am.* 1.3 sobre el amante al amanecer), y que partes de poemas elegíacos se leen como epigramas insertados en ellos (por ejemplo, Prop. 4.1.89-98).

El capítulo 5, «The Catullan Corpus, Greek Epigram, and the Poetry of Objects» (pp. 109-130), es otro ejemplo de la agudeza con que H. maneja los datos que le ofrecen los papiros helenísticos para ver con otra óptica la literatura latina, en este caso a Catulo. Las colecciones de epigramas helenísticos arrojan dudas sobre la unidad del corpus, pues los papiros sugieren que las colecciones de epigramas eran fácilmente modificadas. H. propone que la obra de Catulo consta de varios libros, 1-60 y 65-116, y sospecha que en el primero los poemas 59 y 60, dado su carácter incompleto, fueron añadidos por otra mano, y que el poema 52 habría sido añadido con posterioridad. Incluso si el corpus fue publicado por el propio Catulo, no dejaría de ser probable que reuniera publicaciones anteriores y separadas. Para defender la idea de que el corpus consta de tres partes se basa, entre otros argumentos, en que hay indicios de estas divisiones en los manuscritos y otro material del Renacimiento (el poema 52 se cita como *prope finem primi operis*). Un grupo estaría compuesto por 1-60 (la cita *in hendecasyllabis* apunta a ello; la tradición de epigramas griegos permitía excursiones métricas dentro de una colección). Los poemas 61-64 parecen haber sido publicados como piezas individuales. Si, como ya se argumentó antes en el apéndice de las pp. 64-65 y se dirá más adelante, los largos poemas elegíacos ya estaban al frente de 69-116, habría sido natural colocar los otros poemas largos, 61-64, junto a ellos. Las dos partes 1-60 y 65 o 69-116 dan la impresión de haber sido con mayor probabilidad libros originales. En el último grupo, el poema final 116, como el primer poema elegíaco 65, se refiere a una entrega de un poema o poemas de Calímaco: *mitto ... carmina Battiadae* 65.16, *carmina uti possem mittere (uertere Palmer) Battiadae* 116.2; esto forma un anillo tan claro y significativo como para indicar que 116 era el colofón de un libro que empezaba en 65. Los argumentos de H. apuntan a que el corpus de Catulo nos ofrece, en una forma algo tergiversada, dos libros que diseñaría el propio autor: 1-60 (a) y 65-116 (c). Dentro de este último distingue «c1» (65-68b) y «c2» (69-116).

El capítulo 6, «The Publication and Individuality of Horace's *Odes* Books 1-3» (pp. 131-161), parte de la idea de que los tres primeros libros de *Odas* forman una entidad, trata de desacreditar la opinión de que Horacio primero compuso los poemas y luego los organizó en libros, y pretende demostrar que los libros se compusieron uno tras otro y se publicaron por separado. Distintos argumentos, como el diferente número de poemas que componen cada libro (38, 20 y 30 respectivamente), o que el título *Augustus* conferido a Octavio el 27 a. C. aparezca en los libros II y III, pero no el I, donde seis poemas se refieren a él, apuntan en esa dirección. Por otro lado, las alusiones cronológicas de los poemas del libro I se sitúan entre los años 30 y 26, las del libro II entre los años 25 y 24, y las del III entre finales del 25 y el 24 (salvo uno del 28). Se aventura H. a proponer las siguientes fechas de publicación: libro I, el

26; libro II, el 24; libro III (y tal vez aprovechara Horacio para publicar nuevamente los libros I y II), principios del 23.

El capítulo 7, «Horace and Archaic Greek Poetry» (pp. 162-176), viene a ser una continuación y ampliación del anterior (no en vano, se publicó en S. J. Harrison [ed.], *The Cambridge Companion to Horace*, Cambridge, 2007, pp. 36-49), añadiendo al análisis los *Epodos*, el *Carmen saeculare*, y el cuarto libro de las *Odas*. Además, en esta ocasión centra su interés en el uso que hace Horacio de los poetas arcaicos griegos y llega a la conclusión de que lo hace de modo diferente en cada uno de los libros, que mantienen su identidad propia.

En el capítulo 8, «Ovid, *Amores* 3: The Book», estudia la singularidad de este último libro de los *Amores*. Está enmarcado por los poemas primero, donde la elegía y la tragedia disputan por atraerse al poeta a su terreno, y último, 15, con la renuncia definitiva del poeta a escribir más elegías. La estructura coherente del libro III queda confirmada cuando se le compara con otros libros finales, en especial de elegía, como el libro III de Propercio (también lo compara con Prop. IV) y el libro II de Tibulo.

En el capítulo 9, «The Metamorphosis of Metamorphosis: P. Oxy. 4711 and Ovid» (pp. 200-227), mediante un agudo análisis del papiro H. demuestra que contiene una serie de entidades (metamorfosis de Adonis, Asteria y Narciso) formalmente separadas que, sin embargo, se conectan, individualmente o como partes de una totalidad. El papiro de Posidipo puede ayudar a subrayar la importancia central y múltiple de los poemas de metamorfosis helenísticos para los primeros lectores cultos del poema de Ovidio. Los recientes descubrimientos demuestran que la poesía helenística tiene una incidencia en la poesía latina mayor de lo que podía suponerse con los escasos datos con que se contaba; pero también revelan cuán poco sabemos de ella.

El capítulo 10, «Structuring Instruction: Didactic Poetry and Didactic Prose» (pp. 228-250), se dedica al estudio de los poemas didácticos latinos del siglo I a. C., que, frente a los poemas didácticos griegos preimperiales, se estructuran en varios libros, hecho que los relaciona con los tratados didácticos en prosa, anexionándose características de un género literario en principio ajeno. Ahora bien, la división en libros tiene en cuenta el argumento y la exposición más que la narración, y se adapta al tema para facilitar al lector la comprensión de la obra. Ovidio desarrolla esta técnica en su *Ars amatoria*; el libro I concluye con un dístico que cierra el libro y da paso al siguiente creando la apariencia de una unidad en dos libros. El comienzo del libro II es, en efecto, como un cierre del anterior y refiere una victoria que no se alcanzará hasta que no esté a punto de concluir (II 733 *fnis adest operi: palmam date*); pero un dístico final apunta al siguiente libro (II 746 *uos eritis chartae proxima cura meae*). Este nuevo libro, III, es la antítesis del anterior (algo también frecuente en la prosa), pues desarrolla ahora la perspectiva femenina; pero aún seguirá otro libro, *Remedia amoris*, un nuevo poema que sirve de contrapunto a los tres de la *Ars*, a los que en cierto modo confiere al mismo tiempo unidad. Manilio, por su parte, emplea las convenciones estructurales de la prosa

de una manera diferente de la didáctica anterior, tratando de hacer que los libros sean autónomos de una manera más extrema, lo que consigue con otro recurso prosístico como es el de los proemios, muy elaborados en los libros II, III y IV. Extraño puede parecer que el final del libro IV de las *Geórgicas* de Virgilio introduzca una narración mitológica y no retome el tema técnico al que estaba dedicado, sino que desemboque directamente en un pequeño epílogo. Se ha argumentado que Virgilio estaba anticipando su cambio hacia la narración épica, o que los humanos finalizan un poema que ha tratado primero de la naturaleza inanimada y luego de la animada. Pero si se tiene en cuenta la prosa, se evidencia su relación con ese género literario ajeno; en efecto, en los diálogos de Platón los mitos se colocan por lo general en la conclusión de la obra. Podría no parecer lógico ni natural que un poeta se inspire en el género prosístico, pero la realidad es que los objetivos de la poesía y la prosa didáctica no están tan alejados como podría pensarse, por lo que no debe resultar extraña la explotación por la poesía de los aspectos estructurales e intelectuales de la prosa didáctica.

En el undécimo y último capítulo, «Books and Scales» (pp. 251-266), H., resumiendo argumentos anteriores, ofrece algunas consideraciones sobre la idea de *oeuvre*: esta se construye en sucesión cronológica y no necesita haber sido planteada desde el principio. Las diferentes escalas, tipos de entidad y relaciones pueden concebirse como sigue: *a*) poemas muy cortos, poemas menos cortos y bloques de poemas muy cortos (Posidipo), en relación unos con otros y su libro; *b*) (i) libros que forman parte de un argumento o narración simple, en relación con la obra en su conjunto, ya se hayan publicado esos libros simultáneamente (como las *Geórgicas*) o secuencialmente (H. cree que así pudo operar Manilio); (ii) libros que explícitamente retoman un libro u obra anterior, aunque con un título distinto (*Remedia amoris*), en relación con ese libro u obra; (iii) libros que dentro de un género o subgénero forman parte de una serie, en relación con esa serie (Propertio I-III, Ovidio *Amores* I-III, Horacio *Odas* I-III, *Sátiras* I-II, &c.), sean o no publicados a lo largo del tiempo; (iv) libros que marcan un nuevo punto de partida en una *oeuvre* de autor (por ejemplo, Horacio, *Epístolas* I), en relación con obras anteriores; *c*) la *oeuvre*, en relación con las obras y libros que la componen. Confiesa Hutchinson al final de este magnífico volumen que su intención no es otra que la de abrir un camino que debe ser explorado con mayor amplitud.

Concluye el volumen una extensa bibliografía (pp. 267-307), un índice de pasajes discutidos (pp. 309-319), y un índice general (pp. 320-332), que recoge distintas materias tratadas en el libro. Hemos observado muy pocas erratas: p. 38, l. 4 dice «Prop. 3.18-19», debe decir «Prop. 3.3.19-20»; p. 182, n. 9, l. 8 dice «Baezo», debe decir «Baeza» (mismo error en la bibliografía); p. 232, l. 3 dice «uolumnibus», debe decir «uoluminibus».

JOSÉ ANTONIO BELLIDO DÍAZ Y ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER
Universidad de Huelva

IV. HISTORIA, RELIGIÓN Y SOCIEDAD

ÉTIENNE, ROBERT, *Itineraria Hispanica: recueil d'articles de Robert Étienne*. Textes réunis par Françoise Mayet, Scripta Antiqua 15, París, Ausonius, 2006, 685 pp.

«Hispania le debe mucho e Hispania le dio mucho» escribió el catedrático Manuel Martín-Bueno desde Zaragoza el día en que Robert Étienne murió, el 4 de enero de 2009. Esta frase deja entrever la esencia detrás de *Itineraria Hispanica*, una esencia que solamente la lectura de la recolección hecha por Françoise Mayet (quien, en propiedad, debería figurar como editora de la obra en los catálogos bibliográficos; además de forma destacada).

Mérignac es actualmente un suburbio industrial de Burdeos de excepcional pujanza, albergando industrias potentes como la aeronáutica Dassault, o el propio aeropuerto *Bordelais*. Cuando Robert Étienne emigró de esta localidad girondesa estaba aún abierto el campamento de Pichey Beaudésert, campo de refugiados republicanos españoles convertido en campo de concentración bajo el régimen de Vichy. No es baladí esta cuestión, pues como nos demuestra la obra aquí reseñada, los vecinos meridionales de Francia tuvieron un papel destacado en la obra de Étienne. ¿Una manera de volver a Mérignac? ¿Una deuda pendiente?

En este libro Mayet ha querido mostrar los *itineraria* seguidos en investigación hispánica del académico francés a través de diversas secciones temáticas. En cada una de ellas se presentan los artículos de forma cronológica —un gran acierto—, por lo que se puede comprobar la evolución que Étienne tuvo en su estudio de la religión, sociedad, epigrafía, arqueología y economía de *Hispania*.

Esta clasificación, aparentemente neutra por su generalidad, esconde unas líneas de investigación bastante particulares del investigador francés. Le gustaba estudiar los mismos fenómenos sociales desde diversos puntos de vista, algo que esta obra transmite con meridiana claridad.

En la religión, el culto imperial, sobre todo en época Flavia, era un tema de crucial importancia. Su impacto en el urbanismo y la sociedad de las ciudades provinciales era expuesto con una prosa por momentos literaria, lo que no impedía un abundante uso de herramientas estadísticas para fundamentar su discurso. Esto no tenía solución de continuidad con el estudio de la sociedad a través de la prosopografía de las élites y sus redes clientelares. Su zona de estudio solía ser la provincia Lusitana, o Emerita en concreto. A todas estas conclusiones llegaba a través del abundante uso de la epigrafía como herramienta de trabajo, que dominaba con una maestría muy por delante de otros autores contemporáneos. Es llamativo el interés que tuvo la «pequeña epigrafía»: las marcas de *officina* de la cerámica cobraron una dimensión añadida en la obra de Étienne, siempre interesado por el ámbito cuantifi-

cable de la economía. Todo comenzaría con su estudio anfórico en Monte Testaccio, pero no paró allí, pues sus artículos suponen algunos de los primeros análisis sobre el comercio de aceite y vino en el Mediterráneo antiguo. Sin embargo, en el campo del comercio, sus estudios fueron más allá. Comprendió la importancia de las factorías *in rure*, desmontando la idea de que los asentamientos rurales se dedicaban a autoabastecerse, y añadiendo nueva profundidad a la comprensión de las redes de circulación de mercancías.

Robert Étienne fue jefe de la «Mission archéologique française au Portugal», y director del Centre Pierre Paris. Con él, como bien dice Mayet, las excavaciones en Conimbriga y São Cucufate formaron una generación de arqueólogos, mientras que, como director del Centre, formó una generación de epigrafistas (p. 9). Estos cargos le ataron a la arqueología peninsular con trabajos entre los que destaca abundante bibliografía sobre Conimbriga. En su labor como director arqueológico tuvo una especial atracción por la arqueología de la arquitectura: templos, jardines, criptopórticos, etc.

Se puede resumir la esencia de la obra de Robert Étienne en la frase de Mayet: «... que les monnaies et les céramiques contribuent davantage à mieux connaître l'histoire économique qu'à enrichir l'histoire de l'art», referida a la lección aprendida por parte de sus discípulos: el objetivo es conocer la historia.

Un pequeño análisis cronológico permite secuenciar las diversas corrientes de interés en la obra de Étienne. Su trabajo de campo le llevó a publicar ampliamente sobre Conimbriga en los años setenta y primeros ochenta. En los años ochenta y primeros noventa el interés se centró en los estudios epigráficos y prosopográficos de las élites sociales. Finalmente, consolidando un interés que venía arrastrando desde el inicio de su carrera, en los años noventa y posteriormente puso más hincapié en el estudio de la economía antigua, partiendo del comercio de vino y aceite pero no quedándose ahí. Una somera lectura de *Itineraria Hispanica* permite ver como esos fueron los intereses que dieron forma e impulso a la obra científica de Robert Étienne. En este sentido, sólo cabe alabar la labor editorial de Françoise Mayet, que hace de una recopilación honorífica un compendio perfecto para el ejercicio del análisis historiográfico atendiendo a las perspectivas cronológica y temática.

Me permito recomendar este libro a todos los interesados por los temas de economía antigua, élites sociales hispánicas y culto imperial, además de los historiógrafos de la arqueología en la segunda mitad del siglo XX. Étienne, quizá, se volcó con *Hispania* pagando la deuda de Mérida, pero es evidente que *Hispania*, con la cuenta hecha, le debe mucho más a él.

GUILLERMO-SVEN REHER DÍEZ
Instituto de Historia - CSIC

SANTAMARÍA HERNÁNDEZ, M.^a TERESA (ed.), *La transmisión de la ciencia desde la Antigüedad al Renacimiento*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, 233 pp.

Contiene este volumen las distintas intervenciones que tuvieron lugar en la reunión científica que con ese mismo nombre se llevó a cabo en la Facultad de Humanidades de la UCLM en Albacete, durante los días 9 y 10 de noviembre de 2006. Como es natural, en dos días no cabía, para un estudio que respondiera a tal título, más que una pequeña representación de algunas de las ciencias que cultivaron los antiguos, por lo que los distintos intervinientes se han servido de ejemplos concretos fácilmente extrapolables a un estudio más general.

La editora del volumen destaca, en la presentación, las características y los motivos que fundamentan la posibilidad y necesidad de este estudio. En primer lugar, la utilización de la lengua latina como vehículo de la transmisión de la ciencia desde la Antigüedad grecolatina hacia Occidente. En segundo lugar, la pervivencia de muchas ideas procedentes de esa Antigüedad, más la exigencia evidente de seguir la pista a su gradual evolución hasta llegar a nuestros días. En un tercer lugar se destaca el esfuerzo para la creación y fijación de un lenguaje técnico. Y, por último, la urgencia de todo filólogo por recuperar para el futuro los textos antiguos en el Renacimiento. De ahí la estrecha unión entre Ciencia y Filología que imperó en otros tiempos y que hoy es muestra de una perfecta interacción entre Historia de la ciencia y Filología latina. Cuatro son las ciencias *grosso modo* aquí representadas, Astronomía, Botánica, Medicina y Zoología. De las cuatro hay grandes cultivadores en la Antigüedad grecolatina, así que la selección es plenamente acertada.

C. Chaparro Gómez en «La enseñanza de la Astronomía en el Renacimiento: el testimonio de Francisco Sánchez de las Brozas» (pp. 11-33) describe, de una manera sintética pero con gran claridad, las pautas en las que se movía la enseñanza de la Cosmografía y la Astronomía en las universidades europeas, al tiempo que da un repaso a las distintas generaciones de maestros que impartían sus enseñanzas en la Universidad de Salamanca. Este es el contexto en el que el Brocense se mueve y da a conocer su producción científica, la cual es muy minuciosamente comentada por Chaparro, que reseña no sólo los manuales de enseñanza, comentarios y críticas que hizo a las obras de los antiguos, sino también su labor de editor y filólogo, actividad que le llevó a editar el *De situ orbis* o *Chorographia* de Pomponio Mela, texto básico para el estudio de la geografía que se impartía en la Universidad de Salamanca.

A la Botánica se han dedicado dos estudios. El primero de ellos, el de M. Conde Salazar «Recepción y uso en latín de algunas plantas medicinales. El género *thymus*» (pp. 35-69). La autora se propone analizar el proceso seguido, a lo largo de la historia, para la transmisión del conocimiento de las plantas medicinales desde sus mismos orígenes hasta su recepción en el mundo romano. Una visión diacrónica del tema nos pone en antecedentes: desde el más antiguo herbario asirio del 7000 a. C.

y las tablillas cuneiformes, los conocimientos botánicos de los distintos pueblos se transmiten de unos a otros por pura necesidad y utilitarismo. Un breve recorrido que va de la prehistoria a la historia expone el esquema básico del conocimiento de las plantas hasta llegar a Grecia y Roma, que dieron un enorme impulso a ese embrión de Botánica, tanto en lo que se refiere a la nomenclatura, como a la formalización de descripciones, características, propiedades y usos de las plantas. Los botánicos griegos y romanos empezaron a crear una taxonomía que en cierto modo ya puede llamarse científica. En una segunda parte, la autora toma como ejemplo el género *thymus* con sus numerosas especies para mostrar que en las descripciones actuales de este género de plantas normalmente se destacan aquellas mismas características ya anotadas por los botánicos antiguos. Ello da pie a recalcar la validez de ese tipo de descripción y a poner de relieve la trascendencia de las aportaciones de los clásicos a esta ciencia.

Otro capítulo más dedicado a la Botánica es el de «La recepción del *Herbario* de Ps. Apuleyo en el Renacimiento», a cargo de M.^a T. Santamaría Hernández (pp. 203-222). Ese *Herbario* del siglo IV, varias veces editado a partir de mediados del siglo VI, pronto planteó para futuras ediciones del Renacimiento grandes problemas, debido no sólo a su complejidad interna, sino también a su amplia transmisión textual y a la cuestión de su autoría. Al ser un texto vivo sobre plantas, de carácter práctico, presenta variaciones, comentarios, añadidos e interpolaciones de otras obras: de ahí la complejidad de su tradición manuscrita. Tomando como punto de partida esa obra, aborda Santamaría el tema de la edición de los textos por parte de los hombres del Renacimiento y la cuestión de cómo dieron solución a los problemas planteados. Carecían de la amplia tradición manuscrita que hoy día tenemos por lo que no llegaron ni mucho menos al estado actual de nuestro conocimiento, pero tuvieron planteamientos sobre algunas de las cuestiones eternas: autoría, estructura, interpolaciones, fuentes, etc. Especialmente lo que da más valor a esas ediciones renacentistas es en realidad el conocimiento que sus autores tenían de la lengua latina.

Ferraces Rodríguez, en el capítulo «Oribasiana» (pp. 71-95), empieza por exponer las muchas dificultades con las que se encuentra el estudioso de los textos médicos latinos tardoantiguos y altomedievales. Se centra especialmente en los problemas de la transmisión derivados con frecuencia del hecho de ser traducciones o adaptaciones de algún texto griego cuyo original la mayoría de las veces no se conserva. El tratarse con frecuencia de la transmisión de versiones anónimas genera, para su estudio y análisis, problemas de cronología incierta u otras circunstancias de redacción que el autor ejemplifica con las versiones del Oribasio latino. De algunas de las obras escritas en griego por el médico del siglo IV se conserva versión latina, versión cuyos manuscritos dejan ver dos estados de texto que la tradición ha venido considerando como traducciones distintas, esto es, dos versiones latinas de un mismo texto griego. Al hilo de este hecho se van resaltando todos los problemas de identificación de textos interpolados en textos traducidos al latín desde el griego, textos que a veces

presentan divergencias excesivamente notables como para no pensar en interpolaciones. Siguiendo con este mismo autor, se pasa revista a los avatares seguidos por los textos en el paso de la Antigüedad tardía al Renacimiento. Una bien seleccionada bibliografía completa el capítulo, al que se añaden dos apéndices con el texto de la *dieta Theodori*. También de Medicina trata el capítulo de E. Montero Cartelle «El mito de Tiresias: medicina, erotismo y literatura» (pp. 97-116). Se estudia la base biológica y médica del mito relatado por Ovidio en sus *Metamorphosis* (III 315-338) sobre Tiresias para ver la evolución de una misma idea desde la Antigüedad hasta el Renacimiento dentro de su contexto. Parte el estudio de la idea, que nace por primera vez en la *Melampodia* de Hesíodo, de que la mujer goza del coito nueve veces más que el hombre y que recogen distintas versiones, entre ellas, la de Ovidio. El autor analiza las diferentes interpretaciones médico-biológicas acerca de la generación de semen: desde la concepción hipocrática de la emisión de semen, en el coito, por parte de la mujer tanto como del hombre, idea que es continuada por Galeno y enfrentada a la de Aristóteles y la teología, que rechazaban la emisión de esperma por parte de la mujer. Se da un repaso a las distintas interpretaciones antiguas y medievales de médicos hasta llegar al Renacimiento.

J. Pascual Barea, en «Razas y empleos de los caballos de Hispania según los textos griegos y latinos de la Antigüedad» (pp. 117-202), aborda un estudio del caballo en la Hispania antigua siguiendo los textos, traducidos y comentados, de los autores latinos que lo han mencionado (Varrón, Horacio, Plinio, etc.). La valoración atendiendo a la cronología de las fuentes tiene gran importancia para una visión de los cambios experimentados en el uso del caballo en la Hispania antigua. De esta forma se ilustran las características genéricas del animal denominado hispánico y valorado especialmente por la Antigüedad. En un recorrido siguiendo a los autores latinos se explican nombres, razas, carácter, formas de cría, así como los distintos usos a los que era destinado el animal. También se estudia la distribución geográfica de las zonas hispánicas en las que se dan caballos, salvajes o domésticos, indicando asimismo su procedencia.

El volumen se completa con un índice antroponímico muy útil ya que en conjunto la documentación en la que cada autor basa su estudio es completísima. Así, autores antiguos, medievales y renacentistas (aparte de la bibliografía de modernos y contemporáneos) van haciendo su aparición sin romperse esa línea de los textos —que es de lo que se trata— que viene de nuestros clásicos y los sigue y transmite hasta nuestros días.

DOLORES LARA NAVA
CSIC

MENA SALAS, ENRIQUE, «*También a los griegos*» (*Hch 11,20*). *Factores del inicio de la misión a los gentiles en Antioquía de Siria*. Colección Plenitudo Temporis, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 2007, 432 pp.

Me parece interesante este libro porque trata dos problemas candentes de la historia del cristianismo primitivo: 1) el porqué del paso —dado por misioneros judíos convertidos a la fe en Jesús— a predicar también a los gentiles, y 2) cuál pudo ser el mecanismo de la divinización de Jesús en el ámbito de un judaísmo helenizado y cómo afecta este paso a la noción teológica de «Hijo del Hombre».

El autor estudia, en una primera parte, la historia de la interpretación de estos versículos sobre todo en el siglo XX. En este apartado echamos de menos siquiera alguna mención a las divergencias del manuscrito D (Codex Bezae), que —como es sabido— presenta un texto especial de los *Hechos de los apóstoles*, un diez por ciento más largo y con notabilísimas variantes.

La segunda parte del libro aborda la exposición de las condiciones sociales, culturales y religiosas de Antioquía y de los dos grupos de habitantes que interesan en este trabajo: judíos y paganos. Ayudándose de un estudio del libro apócrifo *4 Macabeos*, el autor explica cómo era el judaísmo antioqueno y cuáles eran sus características religiosas. Se trataba de un judaísmo en diálogo religioso con los interesados en la religión judía, los llamados «temerosos de Dios» que frecuentaban los oficios sinagogales.

La parte tercera de la obra analiza cómo eran esos judeocristianos que comenzaron a predicar la mesianidad de Jesús a los gentiles, su identidad sociorreligiosa como procedentes de Chipre y la Cirenaica (actual Libia), la conciencia profético-escatológica que poseían y cuáles eran sus nociones cristológicas, a saber, cómo entendían la figura de Jesús y su relación con la divinidad una vez resucitado por ella.

Aquí comienza la sección más importante de este trabajo. El autor retrotrae los orígenes de la mentalidad de estos misioneros a las nociones teológicas que comenzaron a gestarse en el grupo de los judíos helenistas, capitaneado por Esteban, tal como los describen los capítulos 6 y 7 de los *Hechos de los apóstoles*. Destaquemos algunos puntos que nos parecen interesantes.

1) Enrique Mena señala cómo la religiosidad pagana de los «temerosos de Dios» que escuchaban a los misioneros judeocristianos participaba de la ideología que se había gestado en torno a las religiones de misterio.

2) Creo que es también crucial el hincapié en la espiritualización del culto en el Templo y de los sacrificios por parte de los judeocristianos helenistas, lo que conducía también a una relativa postura crítica respecto a la ley de Moisés. ¿Llegaron a afirmar que la ley mosaica podía observarse también de un modo espiritual? El autor responde positivamente, pero no creo que sea tan sencillo.

3) Me parece que el autor no ha puesto de relieve suficientemente que el añadido interpretativo de los helenistas sobre la noción común de «sacrificio» fue la noción de «sacrificio vicario», de ofrenda en pro de la vida y salvación de otro, que es un concepto no tanto judío, sino griego y latino, como ha puesto de relieve Henk S. Versnel, «La muerte de Jesús como acontecimiento de salvación. Influencias paganas en la doctrina cristiana», en E. Muñiz y R. Urías (eds.), *Del Coliseo al Vaticano. Claves del cristianismo primitivo*, Sevilla, Fundación Lara, 2005, pp. 33-56.

Tampoco indica Mena que toda esta concepción del «sacrificio vicario» es ajena, muy probablemente, a la mentalidad del Jesús histórico. Es una interpretación post-pascual sobre la base de ideas helenísticas organizadas y fundamentadas por Pablo de Tarso.

Tampoco explica el autor claramente el porqué de la urgencia que experimentaban estos misioneros de la incorporación de paganos a Israel en los momentos finales. Creo que esta necesidad se explica como una consecuencia de una idea subyacente a la «teología de la restauración de Israel» en los últimos días del mundo antes del juicio divino.

4) Mena opina que la progresiva divinización de Jesús fue concebida escalonadamente. En primer lugar, la exaltación de Jesús, tras su resurrección por Dios, a la derecha del Padre. Una vez identificado Jesús con la Sabiduría, otros pasos fueron más sencillos. Esta hipótesis es muy posible y atractiva. Sólo añadir que a falta de documentación que se refiera a ello estrictamente, es posible que nunca podamos más que barruntar cómo fue este proceso de divinización.

5) Opina Mena que los misioneros judeohelenistas sabían del poder presente y universal de Jesús y que ellos quedaban facultados para anunciarlo a los gentiles. Aquí no se plantea Mena tampoco si este «universalismo» es concorde con la figura del Jesús histórico o si supone un salto cualitativo respecto al mensaje del Nazareno, como creo que corresponde al sentir medio de la investigación actual.

6) Tampoco plantea el autor su posición personal respecto al debatido tema de en qué sentido se percibía Jesús a sí mismo como el «Hijo del hombre», o bien este apelativo, en cuanto «título mesiánico» estricto, no en su uso coloquial, fue otorgado a Jesús después de su muerte.

7) Son interesantes las disquisiciones del autor sobre el modo cómo pudieron llegar los misioneros helenistas a la idea de que ese Hijo del hombre, situado a la vera de Dios, actuaba ya en el presente y no sólo como juez futuro. La pista se la ofrecen especulaciones judeocristianas, quizás producto de una revelación mística a Esteban, como las de Pablo. Ese «Hijo del hombre» estaría imaginado «en pie» cabe Dios (no sólo sentado a la diestra de Dios) en *Act. Ap. 7.55-56*. En efecto, una vez que Dios ha resucitado a Jesús y lo ha constituido «Señor y mesías», no lo deja solamente «sentado» (misión futura de juez), sino que lo coloca «de pie» a su lado (misión presente: Jesús resucitado actúa ahora como salvador). La hipótesis me pa-

rece muy interesante y explícita con claridad que ciertas nociones teológicas entre los helenistas y en Pablo son de tipo visionario/revelatorio.

En síntesis, el libro de Enrique Mena explicita las cuestiones fundamentales para la historia del cristianismo primitivo en cuanto reinterpretación de Jesús que plantea *Act. Ap.* 11.20, y las responde razonablemente..., aunque sin obtener todas las consecuencias deducibles de sus aclaraciones. Quizá no sea ésta su misión en la obra que presentamos, y lo dicho es suficiente para que el buen entendedor siga adelante con las hipótesis y aclaraciones propuestas.

ANTONIO PIÑERO

Universidad Complutense de Madrid

BRIQUEL, DOMINIQUE, *Mythe et révolution. La fabrication d'un récit: la naissance de la république à Rome*. Collection Latomus 308, Bruselas, Éditions Latomus, 2007, 354 pp.

Los orígenes de la República romana constituye uno de los temas más difíciles y complejos que tiene planteada la actual crítica sobre la historia de Roma. Los problemas que se suscitan son de muy diversa naturaleza, pero todos ellos adolecen del mismo mal: las características de la documentación. Es sabido que la tradición analística adornó el relato sobre estos años con todo tipo de elementos, no siendo siempre fácil diferenciar lo histórico de lo inventado. Véase por ejemplo la actitud hacia uno de sus grandes protagonistas, P. Valerio Publícola, tenido durante largo tiempo como figura legendaria, hasta que el descubrimiento de la inscripción de Satricum con la mención de un Publio Valerio ha forzado a contemplar la cuestión con diferentes ojos. Quién sabe qué nuevos hallazgos podrán venir en el futuro que obliguen a modificar las perspectivas. La presencia en la narración analística de personajes y hechos por completo ideados para la ocasión es algo comúnmente aceptado, y sostenido además por un presupuesto lógico: todo momento fundacional exige la intervención de sus propios héroes, que con sus hazañas justifican el surgimiento de una nueva época. El nacimiento de la República no podía escapar a este principio general, y así Horacio Cocles, Mucio Escévola y la doncella Clelia vienen a cumplir un papel similar al que Rómulo personifica en la fundación de la ciudad. Pero estos no son los únicos protagonistas, sino que junto a ellos aparecen otros, como L. Junio Bruto o el mencionado Publícola, que parecen estar revestidos con un ropaje más histórico.

Así pues, todo intento de reconstrucción e interpretación de este momento histórico necesita como condición previa un análisis fundamentado y preciso de las fuentes de información, y entre ellas —y ocupando un lugar principal— la tradición literaria. Por este motivo, toda nueva contribución que tenga como objeto el estudio de los

documentos ha de ser bienvenida. Tal es el caso de la obra que tenemos entre manos, debida a la pluma de Dominique Briquel, sin duda uno de los mejores conocedores de la primera historia de Roma activos en el panorama actual.

Briquel enfoca el problema desde la perspectiva comparativista indoeuropea. Como él mismo declara, su punto de partida lo constituye el estudio que G. Dumézil incluyó en el tercer volumen de su obra *Mythe et épopée* (París, 1973), pero su análisis rebasa ampliamente los motivos y episodios del relato tradicional contemplados por su ilustre antecesor. En la introducción, el autor declara como objetivo el estudio de lo que el método de la comparación indoeuropea es susceptible de aportar para una mejor comprensión sobre cómo los antiguos romanos elaboraron el relato de esta trascendental etapa de su historia. Hay que tener en cuenta que no se trata de una epopeya, sino de hechos presentados como históricos, donde se mezclan figuras legendarias y otras que sin lugar a duda tuvieron una existencia real: mito e historia se interfieren, pues, de manera permanente.

En opinión de Briquel, el relato tradicional se modeló sobre el esquema de una crisis que da nacimiento a la República, es decir, la desaparición de un universo oscuro y el surgimiento de un nuevo mundo, considerado definitivo y caracterizado por la armonía. Esta crisis se identifica con el tema de la «batalla escatológica», presente en diversas expresiones de la literatura indoeuropea, especialmente en el *Mahabharata* hindú y en el *Ragnarök* escandinavo. Aunque estas dos últimas traten temas legendarios y el caso romano se centre en un episodio histórico, no es impedimento para la aplicación del método, ya que no pretende una reconstrucción de los hechos sino explicar el proceso de formación de la tradición. El autor toma en cuenta todos los personajes romanos que tuvieron un papel relevante en los acontecimientos, desde el mismo momento en que se inicia la crisis con la violación de Lucrecia por parte de Sexto Tarquinio hasta la retirada de Porsenna, el jefe etrusco que acudió en ayuda del depuesto Tarquinio el Soberbio. Sobre la gesta de cada uno de estos personajes, Briquel da sobradas muestras de su saber hacer y analiza con detenimiento las diferentes versiones transmitidas por los antiguos, no eligiendo la que más podría convenir a sus intereses, sino aquella que en su opinión representa el estrato más antiguo de la tradición. Sin duda tenemos aquí uno de los principales méritos de este libro, al margen de cualquier juicio que quiera emitirse sobre su planteamiento general. Una vez que se acepta la validez de la metodología comparativa, es de justicia reconocer que el desarrollo que ofrece Briquel es impecable. En su análisis rebasa ampliamente a Dumézil, de manera que aun partiendo de los presupuestos asentados por este último, corrige algunas de sus conclusiones e incluye nuevos elementos en el ámbito de estudio, con lo cual amplía el campo intentando proporcionar una visión no sólo más extensa, sino también mejor fundamentada.

Briquel se lamenta de que las adquisiciones logradas a través del método de la comparación indoeuropea no se hayan introducido, con la intensidad que merecen,

en el debate de los estudiosos sobre la historia de la Roma arcaica. La queja puede estar justificada, pero en el fondo late una cuestión fundamental: ¿dónde están los límites? Los comparativistas parecen en ocasiones querer interpretarlo todo o casi todo a través de esta perspectiva, y es evidente que tal propósito no siempre se puede cumplir. Así, se da frecuentemente por demostrado que la tradición analística sobre los cuatro primeros reyes de Roma descansa sobre la estructura trifuncional, pero tal visión en absoluto resulta convincente para el reinado de Anco Marcio. Otro ámbito de aplicación frecuente es este que ahora nos ocupa, los orígenes de la República, y tampoco aquí esta interpretación es del todo satisfactoria. Puede ser discutible que, en su conjunto, el relato analístico se adapte a los presupuestos del esquema de la batalla escatológica, en cuanto que se enfrentan un elemento positivo (los representantes de la República) y otro negativo (los Tarquinius) con el triunfo del primero y el nacimiento de una nueva y dorada época. Pero el análisis habría entonces que prolongarlo hasta la batalla del lago Regilo, cuando la República sale definitivamente triunfante. Ciertamente es también que se encuentran algunas coincidencias a primera vista sorprendentes, como determinados prodigios y sobre todo las figuras de Horacio Cocles y Mucio Escévola, el tuerto y el manco, que se asemejan a los dioses escandinavos Odin y Tyr (nótese, sin embargo, que Briquel, en contra de Dumézil, admite el paralelo con Escévola pero ya no tanto con Cocles, porque este último además de tuerto era cojo). Pero en mi opinión, las otras comparaciones resultan más forzadas, especialmente la de Publícola.

En otro orden de cosas, resulta de gran interés la interpretación que Briquel ofrece sobre la figura de Clelia. La situación de su estatua ecuestre *in uestibulo Superbi domus*, según palabras de Plinio, puede denunciar su superposición a una antigua divinidad protectora de los reyes, captada y transformada por la República. Pero la aplicación de este mismo criterio a la otra figura femenina que interviene en los hechos, Lucrecia, ya no es en mi opinión tan convincente. Entre Lucrecia y Tanaquil las diferencias superan con creces la común cualificación de *lanifica*. En conclusión, tenemos un libro que se lee con agrado y que incluso para aquellos que, como el autor de estas líneas, no muestran mucha fe en el método comparativo indoeuropeo, resulta enormemente provechoso.

JORGE MARTÍNEZ-PINNA
Universidad de Málaga